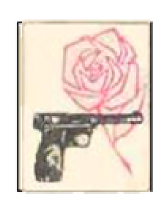


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La telaraña

Todas las apariencias indican que Simón-Roma, antiguo conocido de Brigitte, ha matado a un compañero y que estaba traicionando a la CIA hace tiempo. Naturalmente, Brigitte se desplaza a Roma para encontrarle.



Lou Carrigan

La telaraña

Brigitte en acción - 165

ePub r1.0
Titivillus 08.08.2017

Lou Carrigan, 1973
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

—Pero usted sabe, señor Pitzer, que la señorita no quiere saber nada del mundo cuando está trabajando en su despacho —se resistió Peggy.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, movió afirmativamente la cabeza, dando la razón a la doncella de Brigitte Montfort, una de las periodistas más famosas del mundo entero.

—Lo sé, Peggy. Sin embargo, esto sí querrá saberlo. Si no te atreves a molestarla, yo mismo iré a su despacho.

—No… No, no… A fin de cuentas, la señorita no es precisamente un ogro: le diré que acaba usted de llegar.

—Muy bien.

Recorrieron ambos el fantástico apartamento, ubicado en el piso veintisiete del «Crystal Building», en la Quinta Avenida neoyorquina. Cruzaron el *living* grandioso, tomaron por un pasillo amplio adornado con muchos cuadros, y ya desde entonces, muy apagado, llegó, hasta ellos el rumor de una máquina de escribir. Segundos después, se detenían ante una sólida y regia puerta. Peggy vaciló un instante, pero por fin llamó con los nudillos. Todavía se oyó casi durante un minuto el teclear de la máquina. Luego, la voz que ambos conocían tan bien:

—Pasa, Peggy —autorizó.

La doncella entró en el despacho, que, como todo el apartamento, estaba provisto de aire acondicionado. La temperatura era primaveral.

Sentada ante la mesa llena de papeles, todavía con las manos sobre el teclado de la máquina, estaba la mujer más hermosa del mundo: Brigitte Montfort, alías Baby, la espía jamás vencida. Sus grandiosos, luminosos, bellísimos, celestiales ojos azules se fijaron en su doncella con expectación, porque tras aquellos sensacionales

ojos estaba uno de los más diáfanos cerebros mundiales, y sabía que si Peggy la interrumpía en su trabajo tenía que ser por algo tremendamente importante.

—Señorita, ha venido…

—¿Tío Charlie? —interrumpió la divina y peligrosísima espía de lujo de la CIA.

—Sí, señorita.

—Que pase. Y tráenos café, ¿quieres?

—Sí, señorita: en seguida.

Peggy se retiró y entró Pitzer. Brigitte se había puesto en pie, rodeó la mesa y acudió al encuentro de su jefe, con una dulcísima sonrisa en los labios. Para sorpresa de Pitzer, le besó en ambas mejillas, dejándolo turulato. Luego, se dejó caer en un sillón, y suspiró:

—Casi le agradezco que haya venido a interrumpirme, tío Charlie… ¿Sabe cuántas horas llevo trabajando en mi libro? Seguidas, naturalmente.

Primero, Pitzer tuvo que tragar una vez más aquella bola de emoción que se formaba en su garganta cuando veía en prendas íntimas a su espía favorita. En esta ocasión, la inigualable Brigitte llevaba un diminutísimo dos piezas de color oro, perfectamente visible a través de la camisita del mismo color. El resultado, teniendo en cuenta que también su piel era del color del oro, era altamente turbador para cualquier hombre.

—¿No me ha oído?

—¿Eh…? —Respingó Pitzer—. ¡Oh, sí! Pues no sé… ¿Cinco?

—Nueve horas.

Pitzer se asombró verdaderamente.

—¿Nueve horas escribiendo a máquina? ¡Qué horror!

—Estoy hecha papilla. ¿Quiere alcanzarme los cigarrillos, por favor?

Pitzer le encendió uno, y se quedó mirándola fijamente. Brigitte expelió el humo con gran satisfacción, pero, de pronto, su mirada pareció quedar petrificada, fija en los ojos de su jefe de espionaje, que se abatieron lentamente.

El buen humor y la satisfacción de quien ha trabajado mucho y bien se esfumó inmediatamente de la expresión de Brigitte, Pitzer la conocía muy bien, pero, a su vez, ella conocía más que

perfectamente al hombre que muchos años atrás la había iniciado en el espionaje. Le llevaba una mala noticia. Una malísima, pésima noticia.

—¿Han matado a un Simón? —susurró.

Pitzer asintió con la cabeza, y alzó la mirada.

—¿Dónde? —Se crispó la voz de Baby.

—En Roma.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas. La noticia ha volado hasta Washington y desde la Central me la han enviado a mí para que se la pase a usted. Consideramos que la noticia la afectará de modo especial, personal.

—¿Por qué?

—Usted ha estado varias veces en Roma… Naturalmente, recuerda al jefe de allá, el que usted llama Simón-Roma.

—Naturalmente —palideció un poco más Brigitte—. ¿Ha sido él la víctima?

—Pues… todo lo contrario.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Simón-Roma, jefe del Punto Roma, ha asesinado por la espalda a uno de sus hombres, y ha huido…

—¡Imposible! —Casi gritó Brigitte poniéndose en pie de un salto —. ¡Usted no sabe lo que dice! ¡Conozco hace años a Simón-Roma!, precisamente desde aquella «Operación Estrellas», en la que la CIA vendió a Número Uno a los rusos… ¡No puede ser!

Charles Alan Pitzer la miró afectuosamente.

Sabía que la noticia no podía ser encajada de otro modo por su querida espía, y le dolía hacerla sufrir. Pero…

—¿Por qué no puede ser? —murmuró—. Ese hombre, a fin de cuentas, era solamente un espía.

—¿Qué quiere decir con eso? —Pareció a punto de agredirle Baby, lo cual habría sido catastrófico para Pitzer—. ¿Qué quiere decir con eso de que era solamente un espía?

—Los espías se compran y se venden. Usted lo sabe mejor que nadie. No hace mucho, llovió en Istanbul por eso… ¿Recuerda?

Pareció que Brigitte recibiese un impacto formidable en pleno pecho. Casi retrocedió, se tambaleó… Se dejó caer de nuevo en el sillón, estuvo unos segundos sumida en sombríos pensamientos, y, por fin, con voz ya natural, pidió:

—Quiero conocer ahora mismo los hechos, con todo detalle.

—Temo que yo no podré informarle a su gusto, Brigitte… Lo siento. Sólo puedo decirle que Simón-Roma ha asesinado por la espalda a uno de los Simones que tenía a sus órdenes, y que ha huido, llevándose todo el material que tenía a su disposición. Naturalmente, me refiero a material de espionaje: informativo, de personal, de claves…

—Pero no… no puede ser, no… ¿Por qué habría de hacerlo?

—La teoría razonable y yo diría que indiscutible es que el agente asesinado lo descubrió en algún trabajo de traición, y entonces, Simón-Roma le mató y huyó. Según parece, el agente Simón pudo herirlo antes de morir, aunque se desconoce la gravedad de su herida. De lo que sí se tiene el noventa y cinco por ciento de probabilidades de certeza es que Simón-Roma, herido, no ha podido escapar de Roma por el momento. Se cree que está escondido en alguna parte de la ciudad, herido, esperando ser recogido por quienes compraron sus servicios traidores. La versión más aceptable es que intentarán llevarlo tras el Telón de Acero.

—¿Esa es una versión aceptable? Yo diría que la más aceptable es que, ahora que ya no les va a servir de nada, los rusos lo… rematen.

—También podría ser —admitió Pitzer.

Peggy entró con el café, que sirvió a ambos espías. Los miró, comprendió que el asunto no era apto para ella, y volvió a dejarlos solos. Brigitte bebió su café en silencio. Durante más de tres minutos, no se pronunció una sola palabra en aquel despacho… Por fin, la divina espía musito:

—¿Qué están haciendo nuestros compañeros de Europa?

—Esperan instrucciones concretas Mientras tanto, por supuesto, se ha pasado orden a todos los colaboradores para que notifiquen la posible localización de Simón-Roma: el cerco ha sido tendido, de modo que pensamos que es poco probable que pueda abandonar Roma. Sería muy conveniente encontrar cuanto antes a ese hombre, Brigitte.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Bien… No se trata sólo de castigarlo, lo cual es inevitable. Se trata también de encontrarlo con vida, y hacerle confesar cuáles han sido exactamente sus trabajos para los rusos, a quién conoce de

los rusos, qué sistema han estado utilizando para el pase de información, qué…

—Sí, entiendo. Conviene encontrarlo cuanto antes… con vida, para… apretarle los tornillos.

—Sí.

—¿Y por qué no le buscan intensamente en lugar de esperar instrucciones?

Pitzer carraspeó.

—La Central ha considerado que, como siempre, la muerte por asesinato de un Simón, iba a merecer su máxima atención. Además, está el hecho de que usted conoce personalmente desde hace años a Simón-Roma, lo ha visto varias veces en Roma, ha… alternado digamos de un modo personal con él. Se ha pensado que quizá usted conozca algunas de sus costumbres, o amigos…

—Jamás íntimo con los Simones —cortó Brigitte—. Usted lo sabe perfectamente. No por mí, sino por ellos: considero que les favorezco más de este modo.

—Ya lo sé. Sin embargo, así están las cosas: en la Central han pensado que quizá usted tendría más probabilidades que nadie de encontrar en Roma a Simón-Roma. Lo conoce hace tiempo, quizá conozca alguna faceta personal suya…

—Sólo puedo decirle que jamás se me habría ocurrido pensar en Simón-Roma como en un traidor.

—Ahí están los hechos. No puedo decir nada más.

—Está bien. ¿La Central me ordena que vaya a Roma?

—Si la misión no le gusta, puede rehusar —murmuró Pitzer—. Malo es enterarse de la muerte de un compañero. Peor, enterarse de que ha sido asesinado por otro. Yo sugerí a la Central que últimamente venimos abusando de usted… No en sus condiciones físicas, que parecen inalterables, sino en su… mentalidad.

—¿Qué le pasa a mi mentalidad? —Frunció el ceño Brigitte.

—Lleva demasiado tiempo sometida a excesivas presiones de toda clase. Mentalmente, emocionalmente, quizá a usted no le convenga este trabajo, Brigitte.

—Vaya… Es una gran delicadeza por parte de la Central tener en cuenta estas cosas… ¿O no ha sido cosa de la Central?

—Pues…

—¿Ha sido cosa de usted?

—Sí. En mi opinión, la búsqueda de Simón-Roma puede llevarse a cabo sin la colaboración de usted. Yo creo…

—Tío Charlie: ¿está hablando en serio? ¿De verdad piensa que yo no voy a ir a Roma?

—Lo hago por su bien. Yo…

—Usted sabe que yo iré a Roma. Lo sabe perfectamente.

—He hecho lo que he podido —suspiró Pitzer.

Sacó un sobre del bolsillo y lo depositó en manos de Brigitte, que lo abrió, y sacó el pasaje de avión, a su nombre verdadero. El avión salía dos horas más tarde.

—No podré usar mi verdadero aspecto —musitó la espía—. Simón-Roma me conoce perfectamente. Y si he de buscarlo, no quiero que él pueda identificarme a mí antes de que yo lo localice… Pero ya arreglaré eso por mi cuenta. ¿Alguna instrucción en especial?

—Sólo una: pasaremos aviso de que usted va a llegar a Fiumicino en avión, para que la estén esperando. La contraseña para el contacto, si le parece bien, será la de los cigarrillos.

—Sí, me parece bien. ¿Qué más da?

Pitzer señaló el pasaje de avión que Brigitte tenía aún en las manos.

—Si no pierde ese avión, es posible que llegue a tiempo de ver el cadáver.

—Yo no pierdo nunca ningún avión —dijo ella roncamente.

—Lo sé. Pero en esta ocasión, a mí me gustaría que lo perdiese.

—¿Qué le pasa? —sonrió ella, un tanto crispadamente—. ¿Se está humanizando, querido?

—Es posible que sea eso… No lo sé. Pero empiezo a estar muy cansado. Cansado de mentiras, de jaleos, de muertes… Cansado de movilizar hombres y mujeres que en cualquier momento pueden ser eliminados… A veces, pienso que el espionaje internacional ha llegado a un punto de… humano entendimiento: espiamos, pero respectamos vidas e ideas. A veces, parece que así sea. Y de pronto, vuelve a aparecer la dureza auténtica del espionaje. Estoy… terriblemente cansado, Brigitte.

—¿Por qué no se retira? Tiene edad para hacerlo. Y ha contraído ya méritos más que suficientes para merecer ese retiro y una espléndida pensión de la CIA.

—Pero si yo me retiro…, ¿a qué cretino pondrían en Nueva York para darle… indicaciones a usted? Hagamos un trato: usted se retira, y yo me retiro. Yo me voy a los lagos, a fumar en pipa y a pescar. Usted se casa con Número Uno, tiene cuatro hijos, como le aventuró la bruja Mabanga, y vive tranquila… ¿Sí?

Brigitte estuvo unos segundos mirando con sonriente afecto al viejo espía que, sin duda alguna, la quería como si fuese hija suya. Lo comprendía muy bien, y le agradecía aquella actitud que, por primera vez, ponía al descubierto. Sin embargo, movió negativamente la cabeza.

—No. No, tío Charlie.

Pitzer asintió con la cabeza, abatido. Terminó su café, y se dirigió hacia la puerta.

—Hasta la vuelta, querida niña —musitó.

La espía más peligrosa del mundo quedó sola, pensativa. De pronto, miró el pasaje de avión, y un destello de tristeza pasó por sus ojos. De profunda tristeza… En realidad, sentía ganas de llorar. No sólo por la muerte de Simón, sino por el hecho de que lo hubiese asesinado Simón-Roma, un amigo, un compañero, su jefe en Roma… ¿Era eso posible? ¿A tan bajo nivel, realmente, se llegaba en el espionaje? Recordó a Simón-Roma, como si lo tuviese allí mismo, gracias a su memoria fotográfica: alto, apuesto, simpático, sonriente, rubio, de ojos claros e inteligentes… Era encantador. Aparte de otras muchas ocasiones en que se había visto obligada a recurrir a él, estaba aquella primera vez, cuando él la puso en ruta para el primer encuentro con Número Uno; sólo por esto, recordaba a Simón-Roma con un afecto no poco especial. Y ahora, como otro espía cualquiera, como cualquier otro agente secreto del mundo, se había vendido… Si lo volvía a ver vivo, quizá encontraría todavía en sus ojos claros la sonrisa afable, de buen muchacho metido en juegos en los que se puede perder la vida…

De todos modos…, ¿por qué quejarse? ¿Por qué quejarse precisamente la CIA, que era la que más jugadas sucias había imaginado jamás? Como aquellas dos operaciones: «Caribe» y «Estrellas»… ¿Por qué se quejaba la maldita CIA, si ella podía planear las mayores asquerosidades, si ella era capaz de vender a su mejor hombre, a Número Uno, para obtener un éxito parcial?

Se puso en pie bruscamente, fue a la mesa, y escribió a mano en

una cuartilla un brevísimo mensaje, tras agitar la preciosa campanilla de plata.

Cuando hubo terminado de escribir, Peggy estaba ya ante ella, esperando.

—Cursa este telegrama por teléfono, Peggy. Urgente. Luego, prepara mi equipaje: Roma.

—Sí, señorita.

Peggy salió del despacho, directamente hacia el teléfono del *living*. Descolgó el auricular mientras miraba la dirección del mensaje: dirección que no le sorprendió en absoluto. El texto tampoco la sorprendió, porque hacía ya años que estaba con Baby, y había aprendido que, con aquella mujer, todo tenía sentido siempre, siempre, siempre. Aunque ella no lo comprendiese, sabía que aquel texto tenía significado, sentido e importancia.

Este era el texto del telegrama urgente:

CHARLOTTE MARTEL ROMA ALBERGO STROMBOLI

Brigitte

Capítulo II

El hombre devolvió el pasaporte, apenado, porque si hubiera dependido de él, se lo habría quedado para siempre…, junto con la dueña del pasaporte.

—Bien venida a Italia —sonrió, convertido en pura miel.

Y cuando la pasajera se alejó, avezó los ojos al cielo, poniéndolo por testigo de la injusticia que se cometía con él: tenía que estar allí, mientras la bellísima pasajera de los ojos azules se iba, se iba, se iba… Mala suerte.

La pasajera de los ojos azules salió al gran vestíbulo del aeropuerto de Fiumicino, y, sin vacilaciones, se dirigió a las *toilettes*, donde ocupó una de las cabinas. Cerró la puerta, colocó el maletín rojo con florecillas azules sobre la tapa del inodoro, lo abrió, y acto seguido se desnudó, quedando solamente con las dos piezas íntimas. Le dio la vuelta al vestido, mostrando otro color ahora, y le añadió un feo volante sujetándolo con las pequeñas presillas al borde de la falda. Luego, mirándose en un pequeño espejito, se colocó unos pequeños y transparentes aros de plástico en las fosas nasales; también se colocó en los lados de la boca unas almohadillas de espuma; y unas microlentiilas de contacto, de color oscuro, sobre los maravillosos ojos color cielo. Se cambió de zapatos, se puso varios anillos en ambas manos, se puso una peluca postiza, de color cobre, y finalmente, unos lentes de sol.

Luego, miró su relojito, y se dispuso a esperar. Cuando calculó que en las *toilettes* no podía quedar ninguna mujer que la hubiera visto entrar en la cabina con su verdadero aspecto, sacó una funda negra que encajó perfectamente en el maletín, cubriendo así su tono rojo de fondo con florecillas azules de adorno.

Hecho esto, salió de La cabina, abandonó las *toilettes*, y, de nuevo en el gran vestíbulo, se dirigió a uno de los mozos. En perfecto italiano, le pidió que fuese a recoger su equipaje,

entregándole la contraseña, y diciéndole que le esperaba afuera.

Seis o siete minutos más tarde, el hombre salía, empujando su carretilla, que contenía las dos maletas. La vio, fue hacia ella, y preguntó si quería un taxi.

—No, gracias: estoy esperando a un amigo.

La disfrazada pasajera pagó los servicios del mozo, y se quedó allí, de pie, esperando un par de minutos. Luego, con evidente impaciencia, abrió el maletín ahora negro, sacó un paquete de cigarrillos, y se dispuso a sacar uno… ¡Qué torpeza! No salió un cigarrillo, sino varios, y, al querer evitar que cayesen al suelo, lo único que consiguió fue que todo el paquete escapase de sus manos con lo que el suelo quedó sembrado de cigarrillos.

Un muchacho que pasaba por allí se apresuró a ayudarla, sonriendo, y ella turbada, le sonrió también, dándole las gracias. Por fin, pudo encender un cigarrillo…, mientras el hombre que la había estado mirando desde que le cayó el paquete, comenzaba a acercarse, contemplándola con expectación, con irreprimible curiosidad… y un cierto desencanto.

Se detuvo ante la pasajera cuando ésta había encendido ya el cigarrillo. La miró atentamente, directamente, mientras ella, impávida, soportaba la mirada del apuesto sujeto.

—La hubiese ayudado a recoger los cigarrillos —musitó de pronto el hombre—, pero ese muchacho se me adelantó.

—No importa —dijo ella—. Lo que importa es que ya estoy fumando.

El apuesto y atlético sujeto asintió con la cabeza, sonriendo, todavía entre desconcertado y desilusionado.

—¿Baby? —susurró.

—De la CIA —añadió ella—. ¿Tenemos coche, Simón?

—Desde luego. Tenemos el tiempo justo si quiere ver a nuestro compañero. Está en una furgoneta, cerca de aquí, esperando su… visto bueno para ser traído a una avioneta particular, que lo llevará a…

—Esos detalles no me interesan. Vamos a verlo.

Simón tomó una maleta en cada mano, y echó a andar, hacia el estacionamiento. Poco después, ponía el coche en marcha. Dejaron atrás Fiumicino, tomando la autopista hacia Roma. Apenas cinco minutos más tarde, tomaba la primera salida a la izquierda, recorría

una carretera secundaria durante un par de kilómetros, salía a un camino de tierra y frenaba junto a una furgoneta. Había tres hombres a la sombra de ésta. Uno de ellos llevaba un «mono» blanco, y gorra del mismo color. Los otros dos vestían corrientemente, como el Simón del aeropuerto. Hacía un calor terrible, pero todo pareció cambiar cuando se colocaron a la sombra de la furgoneta, que a su vez estaba a la sombra de algunos pinos.

El hombre del «mono» blanco, de pie ahora, contemplaba con curiosidad a la mujer recién llegada. Los otros dos, en silencio, le tendieron la mano, y en seguida fueron a la parte de atrás de la furgoneta, la abrieron, y se apartaron. Baby subió al vehículo, sin ayuda de nadie, mostrando sus bellas piernas de color oro. Dentro, había una gran caja de madera, con la palabra frágil en varios lados, y flechas que indicaban la posición en que debía ser transportada. Contenido: aparatos de televisión.

Ciertamente, no había allí aparatos de televisión, sino un hombre. Un hombre muerto de dos balazos en la espalda, Su rostro estaba rígido, durísimo, cuando una mano de la espía internacional se deslizó por él, lentamente, dulcemente. Estuvo así unos segundos. Por fin, se volvió hacia los dos hombres que le habían tendido la mano, y el del aeropuerto, que la estaban contemplando sombríamente en silencio, de pie ante la trasera de la furgoneta.

—¿Se sabe algo de Simón-Roma? —susurró ella.

El que había ido a esperarla al aeropuerto movió negativamente la cabeza. Baby volvió a mirar a Simón-Muerto, tragó saliva, y bajó la tapa de la caja, asegurando los cierres de flejes. Saltó de la furgoneta, miró al hombre del «mono» blanco, y le hizo una seña.

—Gracias —susurró—. Puede seguir.

El hombre miró al Simón del aeropuerto, éste asintió con la cabeza, y, segundos después, la furgoneta se alejaba, hacia Fiumicino.

Baby se sentó a la sombra, sobre la pinocha, y encendió otro cigarrillo. Alzó la mirada hacia los tres sombríos Simones, les sonrió amablemente, y dio una palmadita en el suelo, junto a ella. Los tres se sentaron, y ella los señaló por orden, empezando por el del aeropuerto.

—Simón I, Simón II y Simón III. El que va en la furgoneta es Simón-Muerto. El otro, es Simón-Roma. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora, cuéntenmelo todo con el máximo detalle. Fumen, si quieren.

Dejó el paquete de cigarrillos en el suelo.

Simón I tomó un cigarrillo, y, cuando lo hubo encendido, murmuró, entre pensativo y abrumado:

—Me temo que los máximos detalles no serán muchos, Baby.

—Lo que sepan.

—Bien… La cosa es simple, en realidad. Nosotros estábamos fuera de Roma, y, al volver, llamamos a… Simón-Roma para notificarle que no había novedad. Cada uno de nosotros había ido a un sitio diferente, para…

—Eso no importa, Simón.

—Claro. Bueno, llamamos a Simón-Roma, por la radio, y no contestó. Entonces le llamamos por teléfono a su apartamento. Tampoco contestó. De modo que nos reunimos los tres —señaló a sus dos compañeros y a sí mismo—, y fuimos al apartamento de Simón-Roma. Estaba cerrado con llave, pero entramos utilizando una ganzúa. Vimos a… a Simón-Muerto, tendido en el suelo, cerca de la cocina, de cara a ella…

—¿Estaba ya muerto?

—Sí, sí, desde luego. Calculamos que había muerto la noche anterior. Junto a él, en el suelo, estaba su pistola, disparada una sola vez. Nos pareció clarísimo que había disparado hacia la cocina, así que entramos allí. No había nadie. La ventana abierta, y, en el marco, se veían unas manchas de sangre como salpicadas y a un lado vimos las marcas de unos dedos ensangrentados que se habían apoyado en el marco. Miramos por la ventana, pero sólo vimos el patio interior, dos pisos más abajo. Es un patio abandonado, que tiene mucha maleza, escombros… Da a la calle de atrás, y está separado de ésta por una valla que…

—Conozco perfectamente el apartamento de Simón-Roma.

—Ah, sí, bien… Bueno, no había nadie en el patio, pero él —señaló a uno de sus compañeros— saltó, y en algunos arbustos vio manchas de sangre. También las vio cerca de la valla. Y en el borde de la valla misma, había más sangre: como si una mano se hubiera agarrado allí para escalar la valla. Pensamos que quien había matado a Simón-Muerto, había escapado por allí, saltando los dos

pisos y la valla pese a que Simón-Muerto pudo dispararle una vez. Evidentemente, el asesino está herido.

—Perdón. Por lo que estoy oyendo, ustedes no tienen la certeza absoluta de que el asesino sea Simón-Roma… ¿Verdad?

—Pues…

—¿Lo vieron disparar contra nuestro compañero?

—No, pero…

—¡Esa no es la idea que yo saqué cuando me informaron! Por lo que me dijeron, parecía que no había la menor duda respecto a la culpabilidad de Simón-Roma… Y lo que ustedes me dicen concede un margen muy amplio de duda. ¿O no?

Los tres hombres la miraron casi enfurruñados.

—Nosotros no sabemos lo que le dijeron a usted en la Central, ni tenemos ningún interés en que el hombre que ha sido nuestro jefe durante meses y meses pague los platos rotos, sépalo —gruñó Simón II—. Sin embargo, los hechos son los hechos, y los datos que tenemos no pueden ser interpretados de otra manera.

Baby lo miró apesadumbrada.

—Está bien… Está bien, está bien… ¿Qué datos concretos son esos?

—Veamos qué pensaría usted de todo esto: nosotros tres estamos fuera de Roma, y cuando volvemos encontramos a un compañero muerto por la espalda en el apartamento de nuestro jefe… Nuestro jefe no está, ni contesta a nuestras llamadas por la radio de bolsillo, que venimos repitiendo desde entonces. Tampoco está en su apartamento sus documentos personales, ni ninguna clase del material que sabemos tenía allí. Todo, empezando por él, ha desaparecido. Y sólo queda nuestro compañero, muerto en el apartamento de Simón-Roma. ¿Qué pensaría usted?

—No lo sé —murmuró Baby.

—¿No lo sabe? Bueno, nosotros pensamos que Simón-Roma tenía, una visita en su apartamento, y que llegó entonces Simón-Muerto. Al ver a la visita de nuestro jefe, debió comprender algo que no convenía a Simón-Roma, se sintió acorralado en un momento dado, y echó a correr hacia la cocina, para saltar por la ventana… No le dieron tiempo: le metieron dos balas en las espalda, una cada uno…

—¿Cómo saben eso?

—Las dos balas eran diferentes: de distinta pistola. Por eso, y porque Simón-Roma pudo saltar a pesar de estar herido, pensamos que había alguien con él, y que Simón-Muerto los sorprendió.

—Entiendo. Pero… quizá sea la otra persona quien resultó herida, y no Simón-Roma.

—Eso sí podría ser —admitió Simón I—. Pero lo dudo.

—¿Por qué?

—Si hubiese resultado herida la otra persona, a Simón-Roma le habría bastado deshacerse del cadáver de Simón, y seguir en su apartamento, como quien no sabe nada de nada. Pero, si el herido fue él, comprendió que tendría que darnos explicaciones a nosotros… Y si nosotros, al saber que estaba herido y no encontrar a Simón-Muerto, empezábamos a sumar datos, la cosa podría ponérsele mal. Por lo tanto, ya que todo se había complicado, era mejor escapar tranquilamente, llevándose todos sus documentos, claves, etcétera. Con lo que, además del beneficio que eso significará para los rusos, a nosotros nos ha dejado desmantelados, ha destrozado la red de Roma.

—¿Saben seguro que se ha pasado a los rusos?

—¿A quién, si no?

A cualquier otro servicio. Podría ser, ¿no?

—Podría ser. Pero… ¿usted lo cree?

—Desde luego, lo más probable es que se haya pasado a los rusos…, si realmente es cierto que nos ha traicionado.

—¿Todavía lo duda? Ahora es fácil comprender dónde estaba la fuga de información que durante meses y meses nos ha preocupado…

—¿Qué fuga de información?

—Hace ya tiempo que teníamos la seguridad de que los rusos estaban al corriente de prácticamente todas nuestras actividades… Me refiero a la red de Roma. Sin duda alguna, eso significaba una fuga en nuestro grupo, pero nos resistíamos a creerlo. Ahora, yo creo que la cosa esta bien clara, y así lo hemos notificado a la Central. ¿No la han puesto al corriente de este detalle?

Baby estaba abrumada, como aplastada por la importancia de aquel último dato tan significativo.

—No he pasado por la Central —murmuró.

—Pues debió informarse mejor antes de venir aquí…

—No le hables así —susurró Simón III.

—Bien… Lo siento, Baby. Lo siento de veras.

—No importa —murmuró ella—: me lo he merecido.

—Por favor, perdóneme —masculló Simón I. Pero es que ese dato de la fuga de Información constaba ya hace tiempo en la Central… El propio Simón-Roma se vio obligado a informar en ese sentido pues no podía aparentar que no se daba cuenta… Y como tenemos entendido que usted siempre trabaja sobre seguro, pensé que disponía de todos los datos.

—Apenas tuve tiempo de tomar el avión… No se hable más de esto. El malhumor de ustedes es lógico. A fin de cuentas, teniendo en cuenta las circunstancias, hay que pensar que durante todo este tiempo los tres han estado bajo el punto de mira de los rusos.

—Eso es lo que hemos pensado… Y no me parece cosa que sirva para alegrar a nadie.

—Desde luego. Bien… Dadas las circunstancias, sería conveniente que ustedes desaparecieran de Roma, porque… ¿No?

Se quedó mirando de uno a otro Simón, que a su vez la habían mirado como si acabase de abofetearlos.

—¿Marcharnos de Soma? ¿Nosotros? ¡Ni hablar de eso!

—Mire… Yo le entiendo, Simón: ustedes quieren encontrar a Simón-Roma, y me imagino que no será para felicitarlo. Eso me parece muy… humano. Pero si nuestros enemigos les conocen a ustedes…

—También la conocen a usted.

—¿A mí? ¡Oh, no!

—Simón-Roma la conoce. La señalará. Eso si no lo ha hecho ya hace tiempo. ¿Le parece descabellado que los rusos dispongan de un retrato-robot de usted, dictado por Simón-Roma?

—Si así fuese, ya me habrían venido a matar hace tiempo.

Los tres quedaron silenciosos, mirándola. De pronto, Simón II alzó una mano.

—Supongamos que Simón-Roma se ha estado reservando esta baza. Mientras ha estado ganando dinero, no la ha delatado, pues eso podría haber revuelto toda la CIA. Pero, ahora que las cosas se le han puesto mal, puede que dicte su foto a los rusos, para cobrar eses quince millones de rublos que ofrecen por su cabeza… Podría ser su servicio final a los rusos, y él se retiraría millonario de toda

esta m… de espionaje.

—Es una buena teoría —se estremeció Baby—. Sin embargo, he venido preparada. ¿Se han dado cuenta de que estoy caracterizada?

—No.

—Pues me alegra oírlo —sonrió levemente ella—. Pero así es. Contando con la traición de Simón-Roma, tuve en cuenta eso, y mi aspecto actual no es ni mucho menos el que él conoce. Por lo tanto, no corro peligro. Ustedes, sí.

—Pero, si nosotros nos vamos de Roma…, ¿quién la apoyará a usted cuando necesite ayuda?

—Yo tengo siempre mis propios recursos.

—¿Qué recursos?

—Son muy personales, Simón. Estoy pensando una cosa: si Simón-Roma y su compinche ruso mataron a Simón-Muerto, ¿por qué escaparon por la ventana de la cocina?

—¿Cómo? —Quedaron pasmados los tres.

—¿Por qué saltar por la ventana de la cocina? Son dos pisos. Suficiente altura para romperse la cabeza o al menos, una pierna. Tenían la puerta a su disposición, ¿no es así?

Los tres Simones parpadearon, atónitos.

—Pues… sí. Bueno, supongo que sí, claro… ¡Es verdad! Pudieron hacer las cosas mucho mejor: limpiarse la sangre, cambiar de ropas, salir tranquilamente… Incluso quizá podrían haberse llevado el cadáver de Simón… Tenían el campo libre, nosotros tres estábamos lejos… ¡No lo entiendo!

—Sólo hay una explicación —musitó Baby.

—¿Cuál?

—Que Simón-Roma tuvo que salir forzosamente por la ventana de la cocina.

—¿Por qué?

—Quizá le estaban disparando.

—¿Quién?

—No sé… Las cosas pudieron suceder de otro modo: quizá Simón-Roma y Simón-Muerto estaban en el apartamento del primero, y llegaron otros hombres que dispararon contra ellos; mataron a Simón-Muerto, y Simón-Roma pudo escapar…

—¿Dejando la puerta cerrada con llave por dentro y llevándose todos sus documentos? ¿Puede hacer eso un hombre que está

escapando a una agresión directa e inmediata a tiros?

—Quizá fueron los otros los que cerraron la puerta por dentro, se apoderaron de los documentos, y luego se fueron también por la ventana de la cocina.

—¿Por qué tenían que correr ese riesgo, si podían marcharse tranquilamente por la puerta? Además, no era fácil que ellos pudieran encontrar el escondrijo de Simón-Roma para los documentos. No. Nosotros pensamos que las cosas sucedieron como le he dicho. Y si Simón-Roma, antes de marcharse con los documentos, cerró la puerta por dentro, fue para retrasar el hallazgo del cadáver de Simón muerto.

Baby se quedó mirando fijamente unos segundos a Simón I. De pronto, suspiró, y abatió la cabeza. Los tres espías la miraban con simpatía, y Simón II musitó:

—Nosotros también intentamos desesperadamente aferrarnos a toda una serie de posibilidades antes de admitir la única que no admitía objeciones. El asunto resulta triste y odioso a la vez, pero, de momento, sólo podemos pensar lo que le hemos expuesto. Hay otro detalle muy digno de ser tenido en cuenta: ¿por qué no contesta Simón-Roma a nuestra llamada por la radio de bolsillo? Lo hemos llamado docenas de veces.

—Quizá no está en condiciones de contestar. Está herido…

—¿No está en condiciones de contestar a una simple llamada de radio un hombre que saltó dos pisos aún estando herido? —replicó sordamente Simón II.

De nuevo Baby quedó silenciosa unos segundos. Por fin, dijo:

—Está bien. ¿Tienen alguna pista que facilitarme?

—Ninguna. Nosotros pensamos que si alguien puede encontrar a Simón-Roma, es usted.

—Lo intentaré. Pero Roma es muy grande y los traidores saben esconderse muy bien. De momento, iré a alojarme en Roma. Estaré en el «Albergo Stromboli», con el nombre de Charlotte Martel, francesa. Descansaré un poco, y luego iré a echar un vistazo al apartamento de Simón-Roma… Supongo que ustedes hicieron las cosas con discreción, y que puedo ir allá sin complicaciones.

—Sí, desde luego.

—Bien… Otra cosa: quisiera echar también un vistazo al apartamento de Simón-Muerto. ¿Dónde vivía?

—En Monte Mario, por encima de la Ciudad del Vaticano… En el número 27 de Via Labriola. ¿Podrá encontrarlo?

—Por supuesto. Conozco Roma bastante bien. Naturalmente, iré sola.

—Pero…

—Si los necesito, los llamaré por la radio de bolsillo. Pero mientras tanto, ustedes permanecerán escondidos e inactivos: ya es suficiente con un Simón muerto. Y no se preocupen por mí: hace ya mucho tiempo que aprendí a cuidarme.

—Lo sabemos, pero… Está bien, de acuerdo. Sin embargo, si llega a saber dónde está Simón-Roma, no cometa la locura de ir sola a buscarlo… ¿Prometido?

—Simón-Roma no dispararía contra mí —aseguró Baby.

—¿No? Bueno, pues ha matado ya, o ha intervenido en la muerte de uno de nuestros compañeros con el cual llevaba trabajando más de dos años. Hay otro detalle, además: si lo encuentra, él no estará solo.

Baby se mordió los labios.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, llévenme a Roma. Me apearé en el cruce de Via Cristoforo Colombo y Via Marconi, y tomaré un taxi para llegar al «Albergo Stromboli». Almorzaré, dormiré un par de horas y luego iré a examinar esos apartamentos… No obstante, si mientras tanto saben algo, llámenme inmediatamente. E inmediatamente sólo significa «inmediatamente». ¿Sí?

—De acuerdo.

Subieron los cuatro al coche, y partieron hacia Roma.

Capítulo III

El «Albergo Stromboli», sito en Via Panisperna, era de segunda categoría, es decir, un hotel donde normalmente jamás se habría alojado la espía de lujo de la CIA Pero en espionaje, la palabra «normalmente» tiene una amplia gama de significados. Uno de ellos era que, lo «normal», dada la situación, aconsejaba a Baby alojarse allí.

Sí, alguien había reservado una habitación para *madeimoselle* Martel. La número 12. Un botones muy joven, con cara de granuja simpático, la acompañó hasta allí, aceptó la propina, le guiñó un ojo, y la dejó sola. El cuarto era pequeño, y no tenía baño; solamente una ducha, bastante desportillada. Una diminuta ventana muy alta debía dar al interior del edificio, al patio de luces. Otra ventana, más grande, permitía ver desde el dormitorio la Via Panisperna y a lo lejos, el Foro Romano y un pedacito del Circo.

—Algo es algo —murmuró la espía.

Fue a la mesita de noche donde en un vaso con agua, había una rosa roja. La tomó, la olió, y sonrió, Volvió a dejarla en el vaso, se desnudó completamente, quitándose todos los componentes de su disfraz, y tomó una ducha fría.

—Debería almorzar —pensó mientras se secaba—, pero la verdad es que no tengo el menor apetito.

A medio secar, tomó una súbita decisión. Sacó la radio del maletín, y apretó el botón de llamada. Al instante, oyó la voz masculina:

—¿Sí?

—No —dijo ella—. No les llamo a ustedes, Simón II. Quiero hablar con Simón-Roma. Permanezcan en silencio… ¿Me oye, Simón-Roma? Soy Baby, acabo de llegar a Roma… ¿Me oye?

Esperó unos segundos, pero, en el supuesto de que desde su escondrijo, Simón-Roma la estuviese oyendo, no parecía tener

intenciones de dialogar.

—Oiga bien: soy Baby, estoy en Roma… Quiero hablar con usted, Simón-Roma. En las condiciones que elija. Dígame dónde, cuándo y cómo quiere que nos entrevistemos. ¿Me oye, Simón? Soy Baby.

Permaneció en silencio, esperando durante tanto rato que, por fin volvió a oír la voz de Simón II, en un susurro:

—Ya le dije que él no contesta, Baby.

—¡No se meta en esto!

—Perdone —pidió Simón II, con tono dolido.

—Perdóneme usted a mí —murmuró Baby—. Lo siento.

—No es a la única que este asunto tiene con los nervios alterados —admitió amablemente Simón II—. No se preocupe, la comprendo muy bien. Y si me permite ponerme pesado, él no contestará.

—Eso parece… Bien, voy a descansar un poco, y luego iré a ver su apartamento. Adiós.

—Adiós, Baby.

Cerró la radio, se tendió en la cama completamente desnuda, y encendió un cigarrillo. Hacía un calor terrible en Roma. Espantoso. Y en aquel cuarto no había el menor vestigio de refrigeración.

—Va a ser un riesgo estúpido ir allá a pleno día —pensó—. Es muy posible que los «amigos» de Simón-Roma estén vigilando el apartamento de éste: es el único medio que tienen para poder cazar a uno de los tres Simones que quedan, ya que, obviamente, habrán comprendido que ellos no serán tan locos de aparecer por sus domicilios habituales sabiendo que Simón-Roma los habrá delatado… Por otra parte…, ¿para qué pueden querer eliminar a un Simón más o menos? Sería absurdo comprometerse en algo que no les va a reportar ningún beneficio, ya que la traición ha sido descubierta. Pero… Sí. Simón-Roma es inteligente y me conoce bien. Él tiene que saber positivamente que la noticia del asesinato de un Simón ha tenido que ser enviada a Baby. Me conoce bien: sabe que yo jamás perdono eso. Él debe saber ya que estoy en Roma… Lo sabe. Lo sabe con toda seguridad. Y es muy posible que quiera ganar esos últimos quince millones de rublos… ¿Admito esto como posible? ¿Lo admito? ¿Puede ser cierto que Simón-Roma ha dictado mi retrato a un dibujante de la MVD, y que ahora ésta haya

colocado a varios hombres cerca del apartamento de Simón-Roma para cazarme? ¿Puede ser cierto que Simón haya hecho «esto»?

Hubiese querido responderse a sí misma negativamente. Pero, no hacía mucho, por dinero, unos agentes de la CIA se habían convertido en traidores. Entonces, ella había llorado…, había llovido sobre Istanbul. ¿Por qué aferrarse a la esperanza de que Simón-Roma fuese mejor que los otros Simones? Todos los espías, excepto los privilegiados como ella, están siempre sometidos a las mismas presiones: temor, angustia, escasez de paga… La vida siempre pendiente de un hilo por unos cuantos dólares. ¿Por qué no admitir que Simón-Roma, finalmente, se había cansado de una paga generalmente mezquina, para enriquecerse ya que se estaba jugando la vida en su trabajo?

Un pensamiento comenzó a latir en su mente: ¿sería ella capaz de traicionar a la CIA, a sus amigos? Por dinero, no, desde luego. Aunque quizá eso no era ningún mérito, ya que tenía demasiado.

Sí, demasiado.

En Estados Unidos tenía media docena de millones de dólares. Tenía también otros tantos en Brasil. Y el doble en dos bancos de Suiza… No. Por dinero, no. Pero eso no era ningún mérito para quien, en total, debía tener casi treinta millones de dólares. Los había ido pellizcando en diversas aventuras de gran envergadura…

Tenía tanto dinero, que ya era tiempo de ir pensando en hacer algo verdaderamente útil y noble con él. Sí, quizá había llegado el momento. Y si necesitaba más, podía pedirlo, y reuniría, en menos de una semana, cien millones de dólares. O más. Número Uno pondría en sus manos hasta el último centavo que tuviera. Y otros muchos… incluso reyes, Presidentes, Ministros, amigos particulares… No era en ella ningún mérito no cometer traición por dinero.

¿Y Simón-Roma? ¿Lo había hecho por dinero, realmente? La pregunta quedó flotando en su mente, sin hallar respuesta. Pero surgió otra pregunta: ¿por qué motivo traicionaría ella a la CIA, a sus amigos, llegando al extremo de matar a uno de éstos? Sólo encontró una respuesta: evitar males mayores.

¿Era este el caso del simpático, noble, afectuoso Simón-Roma?

Quizá.

—De todos modos —concluyó—, será mejor que vaya a su

apartamento de noche; una gatita como yo tiene más probabilidades de escapar de una trampa de noche que de día. Sí: iré primero al apartamento de Simón-Muerto. Y cuando oscurezca, al de Simón-Roma.

Y se quedó dormida.

* * *

Despidió el taxi en Piazza del Eroi, en la conjunción de Via Cipro y Circonvallazione Trionfale. Subió por Viale delle Medaglie d'Oro, y se detuvo en el extremo de Via Labriola, contemplando la calle con cierta expectación. Nadie se fijaba especialmente en ella; si acaso, algún que otro hombre la miraba con un poco de sorna, dado su estrafalario aspecto; seguramente se habría desmayado de la emoción si hubiera podido verla tal cual era, en lugar de ir disfrazada de francesa fea y grotesca, con aquella peluca que casi tenía color de chocolate, y los zapatones de grueso tacón cuadrado.

Casi cinco minutos más tarde, después de haber dado un par de vueltas contemplando los feos escaparates, se detenía delante del número veintisiete. Se metió en el portal sin vacilar y sonrió al ver el gran patio al fondo, al cual daba una galería voladiza a la que se llegaba por una amplia escalinata de viejísimas piedras gastadas, que había que subir para llegar a los pisos. Era de lo más parecido a otro edificio que conociera años atrás, en otro de sus viajes a Roma, cuando realmente empezó a hablar italiano…

A la izquierda, estaban los casilleros para la correspondencia, y se quedó mirándolos perpleja. No sabía qué nombre utilizaba en Roma Simón-Muerto. ¿Cómo saber cuál era su piso? Repasó los nombres escritos, y con toda lógica, su mirada quedó fija allá donde sólo había escrito uno: Nando Tornazzi. Representante.

Ideal para acertar.

Subió la escalinata, buscó la puerta 4 y se detuvo delante, mirando a ambos lados. Había una calma terrible en el ambiente, y una gran mancha de sol caía en el patio por el rectángulo descubierto del edificio. Roma, sofocada por el calor, parecía dormir la siesta. Había cruzado el Tíber por el puente de Vittorio Emmanuele y había visto el río completamente seco: sólo un hilillo de agua discurría por una de sus márgenes; lo demás, parecía un

desierto de seca tierra cuarteada, agrietada. Terrible.

Metió la ganzúa que ya llevaba preparada en la cerradura, giró un par de veces a la derecha, otras dos a la izquierda… Clic. Empujó la puerta, entró, y cerró tras ella. Silencio absoluto y oscuridad también casi absoluta.

Solamente, hacia el fondo, se veía un resplandor de sol, que debía entrar en el piso por alguna ventana. Un piso grande, destartalado, sin duda. Uno de aquellos pisos donde se hacinan las viejas familias numerosas Italianas. Lejano, muy lejano, como aprisionado en el calor, llegó el llanto de un niño, y en seguida, la voz airada de una mujer, la madre seguramente.

En menos de dos minutos, los ojos de la más audaz espía del mundo se habían adaptado a la penumbra. Distinguía ya los grandes, viejos muebles. Unas butacas, sillas, una mesa… Un piso muy grande. ¿Por dónde empezar a buscar… y qué buscaba, realmente?

Decidió empezar por el cuarto del fondo, en el que se veía el resplandor del sol.

Sin hacer el menor ruido, se dirigió hacia allá, y se detuvo en el umbral. La puerta estaba abierta. Vio los pies de la cama, a su derecha. A la Izquierda, estaba la ventana, con las persianas cerradas, pero por los intersticios se filtraba aquel resplandor de sol que permitía una visión aceptable.

Dio un paso hacia dentro…, y justo entonces, dos sentidos a la vez llevaron la alarma, súbita alarma, al cerebro de la espía: su finísimo oído, y, simultáneamente, aquel sexto sentido auténtico que tantas y tantas veces le había salvado la vida… Oyó el suspiro humano al mismo tiempo que «sabía» que había alguien allí dentro, en aquel dormitorio…

Como ya estaba lanzada hacia delante y no podía detenerse antes de entrar en la habitación, siguió su impulso, pero tirándose de bruces al suelo.

Plop. Plop…, restallaron los dos disparos por encima de su cuerpo. También oyó la ahogada exclamación de decepción y alarma, el ruido de pies, y, con la cabeza vuelta hacia detrás de la puerta, divisó, como en la luz de dos relámpagos rojizos, el rostro de un hombre.

Cayó apoyando ambas manos en el suelo, y supo que sólo una

fracción de segundo perdida, podía costarle la vida. Así que, apenas sus manos tocaron el suelo, su pierna derecha se alzó, en un golpe fortísimo, como si quisiera impulsarse para dar la vuelta hacia delante. Notó el impacto en su talón, de nuevo oyó la exclamación de un hombre, y, en seguida, el fuerte ruido de un objeto muy sólido al caer al suelo: la pistola. ¡Había conseguido su propósito, su desesperado intento de desarmar al desconocido!

Le oyó desplazarse velozmente hacia donde había caído la pistola, pero ella estaba ya poniéndose en pie. Vio la sombra y sin vacilar un instante, se lanzó hacia ella, en plancha. Sus brazos rodearon la cintura de un hombre, su cara chocó contra una robusta, ancha espalda y los dos rodaron por el suelo, sin que Baby se permitiese ceder lo más mínimo en aquel abrazo de vida o muerte.

El hombre cayó de bruces, con ella encima, pero giró inmediatamente, aplastándola bajo su peso, y la cabeza de Baby rebotó dolorosamente contra el suelo. En una millonésima de segundo, vio millones de lucecitas de todos los colores. Supo que había soltado al hombre cuando oyó el jadeo de éste por encima suyo, muy arriba. Las lucecitas de colores desaparecieron en el acto, y vio, en su lugar, la forma grande de un pie, sobre su rostro. Quiso ladearse, y consiguió evitar el pisotón en la cara, pero el enorme pie masculino aplastó su seno derecho con tal fuerza queda espía quedó sin aliento, como si una lanza acabase de atravesarla de parte a parte… El hombre se disponía a repetir el golpe.

Con la fría lucidez del espía superentrenado, habituado a jugarse la vida en cualquier momento, Baby supo que si no se movía «inmediatamente», tenía perdida la pelea. Así que, pese al dolor que la traspasaba, rodó hacia su izquierda…

¡Pom!, resonó el tremendo pisotón del hombre contra el piso.

Pero al mismo tiempo, puesto que había pisado más abajo de lo calculado, se venció hacia delante, se tambaleó, manoteó… Ante él, todavía transida de dolor, se irguió Baby, y su manita derecha lanzó el primer golpe de karate, horizontalmente.

Se oyó el crujido de un hueso, y la ahogada exclamación de dolor del hombre, que salió disparado de espaldas, cayó sobre la cama, rebotó y se deslizó por el suelo en perfecto lanzamiento hacia donde había caído la pistola.

La visión era ahora, para ambos, prácticamente perfecta.

Tanto, que Baby vio la mano del hombre empuñando la pistola, y comenzando a volverse hacia ella, mientras el hombre se ponía de rodillas, girando…

Plop.

La bala salió, para clavarse en la pared, cuando ya la espía había desviado el arma, sujetando con una mano la muñeca del hombre, que tras el fallido disparo dio un tirón, Intentando soltarse. Pero aquella manita delicada y preciosa, era de acero cuando convenía, y el hombre sólo consiguió sacudir fuertemente a la espía, mientras ésta lanzaba otro golpe de karate, ahora vertical… El hombre debió intuir lo que ocurría, porque ladeó la cabeza, de modo que el fortísimo impactó lo recibió en el hombro izquierdo, Pero tampoco esta vez gritó su dolor, emitiendo apenas un quejido… Un profesional. Como ella misma, aquel hombre sabía que iba a morir… o a sobrevivir, pero, siempre en silencio. Siempre en silencio.

Era un hombre muy fuerte, de modo que resistió el golpe no sólo bien, sino que incluso sus rodillas dejaron de tocar el suelo, empezando a ponerse en pie… Fue un cúmulo de coincidencias de movimientos. Fue el destino. Fue… mala suerte.

Al mismo tiempo que él se erguía Baby lanzaba otro golpe, aún más fuerte que el anterior. El canto de su mano dio en la unión de las cejas y la nariz del hombre, con un chasquido fortísimo, escalofriante…

Y el hombre cayó, fulminado, de bruces, soltando la pistola, soltando su propia vida.

Baby se apresuró a recoger la pistola, y a dar unos pasos hacia atrás. Quedó jadeante, contemplando al caído enemigo, crispada la boquita en un gesto de angustia, de falta de aire. Sentía frío el rostro, y el terrible dolor en el seno continuaba, parecía profundizar, ahondar, como dispuesto a llegar hasta el último rincón de sus entrañas… Se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Volvió la cabeza, vio la cama, y se dejó caer en ella, cara al techo, en el cual fijó sus ojos desorbitados.

Oía su propio jadeo, y, de nuevo lejano, el llanto del mismo niño, seguramente. La madre comenzó a gritar, en velocísimo italiano local, irritadísima. El niño lloró más fuerte, pero, de pronto,

dejó de oírse.

Silencio.

Silencio absoluto.

Lentamente, la respiración de la espía fue regularizándose, el dolor en el seno fue cediendo, el color regresó a su rostro… Todavía estuvo no menos de tres minutos tendida. Luego, se sentó, y se colocó bien la peluca…, al mismo tiempo que, al poner los pies en el suelo, oía un leve crujido de algo aplastado. Parpadeó, y supo que había perdido una de las microlentillas: acababa de aplastarla, de triturarla.

—No importa —pensó.

Se puso en pie, fue hacia la ventana, y abrió un poco más las persianas, parpadeando deslumbrada unos segundos. Luego, se arrodilló junto al hombre, le dio la vuelta, y se quedó contemplando el enérgico rostro, grande, fuerte, de facciones duras, acusadas. Era alto, ancho de hombros, de manos enormes, poderosas. En muchas ocasiones, había vencido a enemigos más fuertes que aquél, pero al verlo, se dijo una vez más que sólo podía ser suerte. Pura suerte. Aquel hombre era un atleta, y no tenía la menor duda de que había estado muy bien entrenado para aquella clase de contingencias. Pura suerte. Y quizá, su tercer «dan» de judo, su cinto negro de karate, su siempre vigente entrenamiento para matar irremediablemente. Irremediablemente, tenía que estar siempre preparada para matar si no quería morir.

Fue colocando en el suelo lo que encontró en los bolsillos del hombre: encendedor…, sin microcámara; pañuelo, cigarrillos italianos, monedas, las llaves de un coche, una billetera… Abrió ésta, ignoró los billetes, y sacó el permiso de conducir del hombre: se llamaba Enrico Voltari, tenía treinta y ocho años, nacido en Formello, provincia de Roma; domicilio: 40, Viale delle Belle Arti, Villa Borghese, Roma.

¿Y bien?

¿Qué hacía allí el pobre Enrico Voltari? La respuesta, aparentemente, sólo podía ser una: había ido a buscar algo. Había ido a buscar algo al domicilio de Simón-Muerto, ¿o… había estado esperando a alguien allí, para matarlo? En este caso, ¿a quién? A Simón-Muerto, no, desde luego. ¿A ella? ¿A Baby? ¿Cuánto tiempo llevaba allí aquel hombre, esperando? ¿Habría otro, u otros, en el

apartamento de Simón-Roma, quizá también esperándola a ella? ¿O a quién? ¿A Simón I, Simón II, Simón III…?

Se sentó de nuevo, en el borde de la cama, y estuvo pensativa unos segundos, mirando a todos lados. ¿Por qué no podía ser la primera idea, o sea, que aquel hombre había ido allí a buscar algo? Igual que ella, a fin de cuentas. Desde luego, había sido mala suerte coincidir allí los dos. Simón-Roma había desaparecido dos días atrás…, ¿y sólo hasta ahora enviaban a alguien al apartamento de Simón-Muerto, quizá buscando alguna pista que éste hubiera dejado demostrando la culpabilidad de Simón-Roma?

Fue recoger el maletín del suelo, sacó la radio, y llamó. Tuvo que repetir la llamada, porque nadie contestaba. Por fin, un tanto tímidamente, se ovó la voz de Simón II.

—¿Sí?

—¿Qué ocurre? —refunfuñó Baby—. ¿No ha oído mi llamada anterior?

—Pues sí, pero… Bueno, me pareció que usted insistía en comunicar con Simón-Roma, y no quise molestarla con mi interferencia.

—Ah… Bien, entiendo. No, no llamo a Simón-Roma, sino a ustedes. Suban los tres al coche, vengan para acá, y uno solo suba al apartamento de Simón. Los otros, que esperen en el coche.

—*Okay*. ¿Ha encontrado algo?

—Sí: un hombre, de momento.

—¿Un hombre? —Casi gritó Simón II.

—Sí. He tenido que matarlo… Mientras ustedes llegan, voy a registrar un poco el piso. Quizá viniera a buscar algo…, y sea yo quien lo encuentre.

—Pero…, ¿dónde está usted?

Oh, sí, usted piensa que en el apartamento de Simón-Roma… No: estoy en el piso de Simón-Muerto. ¿No se hacía llamar Nando Tornazzi?

—Sí… En efecto.

—Pues aquí estoy.

Hubo un breve silencio antes de que Simón II susurrase:

—Vamos inmediatamente. Tenga cuidado.

Capítulo IV

Fue Simón I el que entró en el piso de Simón-Muerto. Baby cerró la puerta tras él y señaló el dormitorio. Simón fue allá, se acuclilló junto al hombre y lo estuvo observando unos segundos, impresionado. Cuando alzó la mirada, Baby estaba junto a él, con una pequeña libreta en la mano izquierda.

—¿Cómo lo ha matado? —musitó.

—De un golpe.

Simón se pasó la lengua por los labios. Luego, miró los objetos esparcidos en el suelo junto al cadáver de Enrico Voltari, y su mirada quedó fija en el permiso de conducir, abierto. Lo tomó, lo leyó, y miró vivamente a Baby.

—¡Con esto podemos empezar a…!

—Cada cosa a su tiempo —sonrió la espía—. Este hombre vino aquí a buscar algo que, posiblemente, sea más importante que él mismo, al menos, para nosotros. Vea lo que he encontrado escondido bajo unas tablas del fondo del armario de Simón-Muerto… Es muy posible que sea precisamente esto lo que él —señaló al muerto— vino a buscar.

Le tendió la pequeña libreta. Simón se incorporó, la tomó, y se acercó a la ventana, para disponer aún de más luz. Apenas abrir la libreta, lanzó una exclamación, al ver anotada en ella varias de las claves del Punto Roma. Luego, números y letras que nada significaban para él, al parecer, porque frunció el ceño. Y finalmente, miró las dos fotografías del tamaño de medio paquete de cigarrillos que había dejado entre las páginas. Pareció sobresaltarse.

—Aquí está Simón-Roma —musitó.

—Lo sé. Lo conozco. ¿Quién es la mujer?

—No sé… Además, no puedo verla bien. La fotografía es tan pequeña…

—La otra foto es una ampliación parcial de ésa. Examínela.

Simón asintió, pero todavía estuvo unos segundos más mirando la primera foto. En ella se veía a Simón-Roma, ante la puerta de un *night club* llamado «L'Amore», según constaba en la marquesina… La foto era oscura… Es decir, el ambiente era oscuro, pues estaba lloviznando: la foto era perfecta, perfectísima. No se escapaba un solo detalle. Se veía la marquesina, el anuncio del programa de variedades del *night club*, el alto portero uniformado a un lado, dos parejas saliendo del local, hacia un taxi que esperaba con las puertas abiertas. Había más coches estacionados cerca del «L'Amore», y en dos de ellos ya estaban entrando otras personas… Simón-Roma, el traidor, estaba un poco apartado de la puerta del *night club*, y tendía la mano hacia la mujer por la que preguntaba Baby. Era imposible ver si Simón-Roma, o la mujer, tenían algo en la mano, pero parecía un saludo normal y corriente, de alguien que ha estado esperando. Lo razonable, era pensar que Simón-Roma había estado esperando allí a la mujer, que… ¿había salido del *night club*?

Simón I señaló uno de los coches estacionados delante del *night club*.

—Este es el coche de Simón-Roma —murmuró; pasó la foto, para contemplar la ampliación; movió negativamente la cabeza—. No… No conozco a la mujer. Lo siento.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Podemos preguntarles a nuestros compañeros… Quizá ellos vieran alguna vez a nuestro jefe con esta chica.

Baby tomó la fotografía, en la cual se veían solamente los rostros de Simón-Roma y de la mujer, ampliados más que suficiente para una fácil identificación. Simón-Roma sonreía, a Baby le pareció que entre amable y malicioso. La muchacha también sonreía, con no menos picardía. Era muy bonita: alta, de cabellos rubios, de cuerpo esbelto, elegante… No debía tener más de veinticinco años.

—Si alguna vez la vieron, no la habrán olvidado —musitó la espía—. Es bonita, y tiene… usted entiende… actitud de mujer.

—Sí, entiendo —sonrió desganadamente Simón—. Lo que sí me parece es que la actitud de ambos no es la de dos personas que acaban de conocerse.

—En efecto. Eso me ha parecido también a mí. Quienquiera que

sea esta mujer, ella y Simón-Roma ya se conocían… Supongamos que ella trabaja… o trabajaba en este club, y que Simón-Roma la conoció allí… Sería normal: no creo que ustedes sean de piedra, ¿verdad?

—No lo somos. Su teoría es factible, claro: pudo ser una… conquista de él. No me extrañaría.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que el muy condenado se metía a las mujeres en el bolsillo como si tal cosa —masculló Simón—. Las miraba, les sonreía, y ya las tenía en el bote.

—¿Quiere decir que era… mujeriego?

Simón la miró asombrado.

—¡Por supuesto que no! —exclamó, casi divertido—. ¡Eran ellas las que se acercaban a él! Y en este caso, opino que él debió aceptar ese acercamiento. Vale la pena, ¿no?

Baby asintió con la cabeza, mirando el bello rostro de la muchacha rubita.

—¿Frecuentaba Simón-Roma el club que aparece aquí?

—Que yo sepa, no. Mire, nosotros trabajábamos juntos, pero, en lo tocante a la particular, cada uno llevaba su propia vida.

—Naturalmente. Bien… Tendremos que empezar por ese club llamado «L'Amore». Está lloviendo, en la foto, así que debemos pensar que fue tomada en primavera.

—¿Por qué no en invierno?

—Porque Simón-Roma no lleva abrigo ni impermeable. Tampoco la chica. Primavera. ¿Sí?

—De acuerdo —sonrió Simón—: primavera. Si le parece bien, yo mismo me ocuparé de las investigaciones en este club.

—Muy bien. Simón II y Simón III deberán encargarse de retirar a este hombre de aquí.

—Se lo diré a ellos ahora, en el coche. También les preguntaré si saben algo de esta chica —se guardó las fotos—, y si así es, la llamaré por la radio. Si en cinco minutos no le digo nada, es que no la conocen.

—Está bien. Dígame: ¿esas cifras son las claves de Punto Roma?

—Sí. Y hay otras que no comprendo. Al parecer, Simón-Muerto tenía su propia clave para… para no sé qué —concluyó, perplejo.

—Quizá era él el traidor —deslizó Baby.

—¡Oh, vamos, ya hemos hablado de eso, y…!

—Está bien. Entonces, tendremos que pensar que Simón-Roma está con sus… «amigos», y les ha sugerido que, puesto que Simón-Muerto parecía sospechar de él hasta el punto de sorprenderlo en su apartamento con uno de esos «amigos», era posible que Simón-Muerto tuviera algún dato sobre sus sospechas escondido en su piso… Y por eso, este hombre —señaló de nuevo al muerto— ha venido a buscar la libreta…, justamente cuando yo también llegaba. O muy poco antes.

—Peligrosa coincidencia —murmuró Simón—. Lo que acaba de decir me convence más que lo otro —añadió—. Y parece que está en lo cierto. La prueba la tenemos en estas fotografías: Simón-Muerto, para obtenerlas, debía llevar tiempo tras los pasos… particulares de Simón-Roma, ¿no le parece?

—Evidentemente. Lo cual significaría que hacía tiempo que sospechaba de él.

—Y posiblemente, con razón —dijo de mala gana Simón—. No es difícil teorizar teniendo estas fotos. Esta mujer bien podría ser el enlace entre Simón-Roma y los… otros. Y puestos a pensar cosas, quizá era ella la que estaba con él en su apartamento cuando llegó Simón-Muerto. Aunque eso me sorprendería mucho en él: era muy cauto, muy… circunspecto. Ni mucho menos lo considero de los que cometen errores de este tipo. Si tenía asuntos con esta mujer, o eran absolutamente privados, o los resolvería lejos de su apartamento. Este club es un buen lugar: luces bajas, ambiente discreto, rincones…

—¿Lo conoce?

—¿El «L’Amore»? ¡Claro!

—Pues vea si partiendo de allí, con la foto, localiza a asa mujer. Tiene aspecto de conocer bien lo que es un club nocturno. En cuanto al hombre, a este Enrico Voltari, quizá fuese él quien estuvo con Simón-Roma en su apartamento, cuando llegó Simón-Muerto.

—Quizá. Por cierto, tenemos la dirección de este hombre… Sería conveniente ver qué hay en esa dirección, ¿no?

—Desde luego. Pero no se puede hacer todo a la vez. Usted vaya al «L’Amore», y los otros dos, que se lleven el cadáver. Huelga darles instrucciones al respecto, ¿verdad?

—Claro. De todos modos, tendrán que esperar a la noche. Pero

no se preocupen por eso —sonrió amargamente—: estamos acostumbrados a sacar cadáveres clandestinamente. ¿Qué va a hacer usted, mientras nosotros nos ocupamos de estas cosas?

—Iré al apartamento de Simón-Roma. Pero también cuando anochezca.

—Mire —Simón I vaciló, preocupado—. Sé muy bien que usted no es fácil de cazar, pero… Quiero decir que sería más prudente que no apareciera por allí. Podría darse el caso de…

—No se preocupe por mí —sonrió Baby— ya le dije que tengo mis propios recursos.

Simón miró al robusto hombre muerto de un golpe, y acabo por sonreír tétricamente.

—Eso parece. Bien: ¿nos vamos?

—Yo saldré dentro de unos minutos… ¿Por qué me mira así?

—Le veo algo raro… No sé… ¡Son los ojos! Demonios, juraría que…

—Sí —volvió a sonreír ella—; ahora tengo uno de cada color: para varios gustos, ¿verdad?

Simón la tomó de un brazo, la acercó más a la luz, y estuvo unos segundos mirando de uno a otro ojo.

—Me gusta mucho más el azul —sonrió—. Muchísimo más.

—A mí también —sonrió ella una vez más—. Adiós, Simón.

El espía salió del dormitorio, y en seguida se oyó el suave sonido de la puerta del piso al ser cerrada. Baby se quedó ante la ventana, pensativa. Luego, utilizando un papel, recogió del suelo los restos de la microlentilla pulverizada, pulverizó también la otra, y tiró los restos por el inodoro. Se colocó otro par, del mismo color, puso en orden su maletín, lo tomó ya cerrado, y se quedó mirando el armario de Simón-Muerto, donde había encontrado la libreta entre cuyas páginas halló las dos fotografías. Fue hacia el hombre muerto, recogió sus cosas, y las metió en uno de sus bolsillos, excepto el permiso de conducir, que introdujo en su escote.

Finalmente, se quedó mirando al hombre. Del hombre, miró al armario, del armario al hombre…

—Amiguito —musitó—: ¿qué clase de telaraña estáis tejiendo? Porque yo me apostaría las pestañas a que tú no viniste aquí tan tardíamente a buscar algo, sino a dejar algo. Y me preguntó qué otra cosa has podido dejar aquí sino la libreta. ¿*Okay*?

Salió del piso, asegurándose de que nadie la veía. Todavía hacía mucho calor, y no apetecía salir de las casas. Salió a la calle, miró a ambos lados, y echó a andar hacia la Piazza Eroi. Pasó muy cerca del coche dentro del cual, los tres Simones estaban cambiando impresiones. Simón I captó su mirada, alzó las fotografías, y movió negativamente la cabeza: ni Simón II ni Simón III conocían a la mujer.

Baby asintió con la cabeza y continuó su camino. Llegó a la Piazza Eroi, y se colocó en la esquina con Via Cipro. Pasaron algunos taxis muy cerca de ella mientras estuvo allí, pero no llamó ninguno hasta casi diez minutos más tarde. Al subir al vehículo, sacó de su escote el permiso de conducir del infortunado Enrico Voltari, y lo dejó caer junto al bordillo, disimuladamente.

Cerró la puerta dio la dirección al taxista, y se recostó en el asiento cerrando los ojos.

¿Qué clase de telaraña estaban tejiendo…, y quiénes eran?

Capítulo V

Ya de noche, Baby se dirigió al bajo y bonito edificio donde Simón-Roma tenía su apartamento. Durante la espera se había dedicado a dar algunas vueltas por los alrededores, admitiendo la peligrosa posibilidad de que hubiesen convertido el apartamento en una trampa para ella o los Simones. Pero ya desde el primer momento tuvo la impresión de que no era así.

Ciertamente, podía equivocarse, pero su larga experiencia en el espionaje le «aseguraba» que no había trampa alguna allí. Así que, pocos minutos después de anochecido, lamentando el tiempo perdido en su cautelosa espera, subió al domicilio de Simón-Roma.

No vio a nadie en la escalera, ni fue vista cuando abrió la puerta con una de sus ganzúas, sin la menor dificultad. Entró, cerró tras ella, encendió su pequeña linterna-bolígrafo, y se dio una vuelta por el apartamento, cerrando herméticamente todas las ventanas, asegurándose de que por ningún lado escaparía el menor rayo de luz. Tranquilizada a este respecto, la encendió.

Tal como había ya comprobado a la luz de su linternita, el apartamento estaba en completo orden. Simplemente, parecía que su ocupante hubiese salido por unos minutos, horas, o quizá unos días. Todo bien colocado, todo limpio. Todo normal…

Excepto los restos de unas manchitas de sangre en el suelo del *living*. Por la explicación de los Simones, comprendió que en aquel punto había caído Simón-Muerto, con dos balazos en la espalda. Y el hecho de que el piso se hubiese manchado con su sangre, indicaba que, o bien no había caído de bruces, cosa sorprendente cuando se reciben balazos disparados desde atrás, o bien, después de caer, había tenido fuerzas para revolverse, de modo que su ensangrentada espalda entró en contacto con el suelo. Evidentemente, no había muerto en el acto, ya que había tenido tiempo de sacar su pistola, y disparar un solo tiro que había

alcanzado al parecer a Simón-Roma.

Sin embargo, Simón-Roma había estado armado. Podía muy bien haber hecho frente a Simón-Muerto en el caso de que éste hubiera conservado fuerzas para seguir luchando. ¿Y el otro personaje? Podía haber rematado implacablemente a Simón-Muerto, con lo que el peligro habría sido eliminado. Hecho esto, habría sido más fácil regresar al apartamento, recoger lo que fuese, salir por la puerta, sin riesgo alguno de romperse la cabeza en el salto hacia, el patio…, y cerrar la puerta con llave por fuera. Era fácil.

Cerró la ventana de la cocina, abrió la puerta, y regresó al *living*.

¿Y bien?

¿Podía ser que todavía quedase allí, en aquel apartamento, alguna pista que pudiera dar fruto?

Media hora más tarde, tenía la respuesta: no. No quedaba allí nada que pudiera servirle a ella para nada. Por supuesto, había encontrado el escondrijo donde Simón-Roma había tenido escondidas sus cosas, todo su material de jefe del espionaje de la CIA en Roma: estaba en el doble fondo habilitado en un viejo arcón que parecía de adorno actualmente. Encima de la doble tapa había revistas, libros, botellas vacías, zapatos evidentemente desechados ya… Un escondrijo pintoresco.

Volvió a dejarlo todo exactamente como lo había encontrado.

Ahora, la pregunta era la siguiente: si Simón-Muerto desconfiaba de Simón-Roma, y sabía o sospechaba que estaba con una o varias personas que lo habían sobornado… ¿cómo pudo ser tan imprudente de entrar allí solo, y sin llevar ya su pistola en la mano? Había, además, otra pregunta: ¿cómo era posible que un solo hombre, que ya estaba prácticamente muerto, pudiese poner en fuga hacia la cocina a su asesino, que, según parecía, estaba acompañado por lo menos de una persona más? Si ya le habían matado…, ¿por qué huir hacia la cocina? ¿Para esquivar las balas, esperar a que Simón-Muerto dejase de disparar, y volver acto seguido al interior del apartamento a recoger todos los documentos, claves y demás material de Simón-Roma?

Quizá.

Fue a la cocina, y examinó el marco de la ventana. Estaba bien claro que los Simones habían limpiado las marcas de sangre allá donde las habían visto, pero también allí, en el marco de la ventana

de la cocina, habían quedado pequeñas muestras. Después de reflexionar unos segundos, apagó la luz de la cocina, cerró la puerta, y abrió la ventana, de modo que nadie que eventualmente estuviese en el patio de abajo podía ver luz. Dirigió un vistazo breve al patio, calculando las posibilidades del salto. Desde luego, no era imposible, ni mucho menos, pero pensó que no le haría ninguna gracia tener que saltar por allí estando herida. O quizá precisamente la inminencia de ser alcanzado por varios balazos más era lo que la obligaría a saltar sin pensar en las consecuencias.

Se sentó en el sofá, y encendió un cigarrillo. Consultó su relojito: las nueve y cuarenta minutos de la noche.

* * *

La llamada, a las diez y veinte, interrumpió sus reflexiones, que la tenían completamente desconcertada. Sin lugar a dudas, había llegado al convencimiento de que alguien estaba tejiendo una telaraña que, posiblemente, tenía mucha más envergadura de la que significaba la simple traición de Simón-Roma. Traición que cada vez le parecía más dudosa, o, por lo menos, más desconcertante. Muchos de los datos que ella había estado sumando durante los cuarenta minutos, no encajaban.

Admitió la llamada en la radio de bolsillo inmediatamente.

—¿Sí?

—Simón I, Baby.

—*Okay*… ¿Ha conseguido algo?

—Sí. He tardado tanto porque en el «L'Amore» no abren el bar hasta las diez. He tomado un par de tragos, charlando con uno de los camareros de la barra, y no he tenido más remedio que enseñarle la fotografía de la mujer… Desde luego, he ocultado el rostro de Simón-Roma con el pulgar.

—Ah, menos mal. ¿Qué ha averiguado?

—Me ha costado la gran fortuna de veinte mil liras —dijo festivamente Simón, que parecía entusiasmado.

—Espero que eso no arruine el presupuesto de la CIA —dijo también festivamente Baby. Le escucho.

—La chica vive en el 114 de Via Giovanni Lanza. Es una cantante, que utiliza el nombre de Carla. Pero su verdadero nombre,

según el camarero, es Greta Wolshof.

—¿Alemana?

—Eso parece.

—Bien… Eso puede no significar nada. ¿Qué más?

—Ella estuvo nada menos que tres meses actuando en las atracciones del «L'Amore». Parece que canta muy bien… Estuvo desde febrero a mayo. Luego, parece que tenía otros contratos, y se fue del «L'Amore».

—¿Se marchó de Roma?

—El camarero no sabe eso. Pero opina que no, que ella está en la ciudad, trabajando en otro *night-club*. Creo que no perderíamos nada echando un vistazo en la dirección que me han dado.

—Por supuesto. Aunque si está trabajando en Roma, ya habrá salido hacia su club, supongo. De todos modos, iremos allá. ¿Puede pasar a recogerme con el coche?

—Iré a buscar el mío Los otros dos se han quedado el que utilizamos en grupo. Y parece que no les está resultando fácil sacar de allá a ese Enrico Voltari, puesto que no han llamado… ¿O sí han llamado y yo no he oído…?

—No, no. No han llamado. Pero no vamos a darles prisas, naturalmente. Vaya a buscar su coche y pase a recogerme. No hay peligro, por aquí.

—Me alegro. Mmmm…

—¿Sí? ¿Hay algo más? —musitó Baby.

—Bueno… He sonsacado un poco al camarero, digamos, respecto a lo asequible que pudiera ser Carla, o sea, Greta Wolshof. Me ha contestado que era una chica aceptablemente seria. Desde luego, quizá era debido a que ya tenía su hombre, y no necesitaba buscar nada en el local después de terminar sus actuaciones.

—¿Su hombre?

—Sí. El camarero me ha dicho que desde el primer día en que empezó a actuar en el «L'Amore», un tipo aparecía de cuando en cuando a buscarla; si llegaba pronto, la esperaba en una mesa, tomando un trago; si no, la esperaba afuera.

—¿Tiene idea de quién puede ser ese hombre?

—Oiga la descripción del camarero, textualmente, si mi memoria es buena, un tipazo alto y rubio, con sonrisa de campeón de tenis, simpático como un billete de cien millones de liras, y que

al principio, tenía que apartar poco menos que a manotazos a las otras chicas del club, hasta que ellas se enteraron de que él iba allí a esperar a Carla… ¿Qué le parece?

—Ese era Simón-Roma… ¿No?

—Yo lo he pensado así también, desde luego.

—Eso podría indicar que Simón-Roma conocía a Carla antes de que ésta comenzase sus actuaciones en el «L'Amore».

—Sí.

—Bien… Bueno, pase a recogerme cuanto antes, e iremos a echar un vistazo al 114 de Via Giovanni Lanza.

* * *

La primera sorpresa se la llevaron al ver que, en el edificio donde tenía su apartamento, la mujer utilizaba su verdadero nombre, inscrito en el buzón de la correspondencia, bajo el número del apartamento: Greta Wolshof.

—Son casi las once —musitó Simón—. No es probable que ella esté arriba.

—Mejor. Así echaremos un vistazo en su cubil. Pero subiremos a pie, nada de ascensor. Vea si dentro del vestíbulo hay alguien.

Simón I se encaminó al interior del vestíbulo, y echó una ojeada. Había a un lado la cabina del portero, pero estaba vacía. A las once de la noche, podía considerarse normal su ausencia, sobre todo, teniendo en cuenta que aquel no era lugar donde pudiese surgir contratiempos. La amplia avenida bien iluminada, el vestíbulo lleno de luz, mucha gente paseando… La gran puerta de cristal la habían encontrado abierta.

Simón regresó junto a Baby, que estaba mirando el interior del buzón metálico por las tres rendijas verticales.

—No hay nadie.

—Bien. Subiremos… Parece que tiene correspondencia…

—¿Quiere que abra el buzón?

—Por ahora, no. Subamos.

Cuando llegaron ante la puerta del apartamento de Greta Wolshof, se llevaron la segunda sorpresa: la puerta estaba abierta. Ajustada, pero sin cerrar con llave.

Entraron, cerraron la puerta, y dieron la luz. Parecía que no

había nadie allí, y todo estaba en un orden admirable. Era un apartamento más bien pequeño, pero coquetón, agradable. Bonitos cuadros, buenos muebles, hermosas alfombras que evidentemente no eran retiradas durante el verano… Había particularmente un rinconcito del *living* que era encantador, con su mesita redonda, su vela encarnada, el *hi-fi* al lado…

—Es un nidito delicioso, ¿verdad? —susurró Simón.

Baby asintió con la cabeza. Estaba mirando con gran atención algunas fotografías enmarcadas que pendían de la pared. En algunas de ellas, se veía a la bonita rubia llamada Greta Wolshof, en indumentaria profesional, más o menos ligera de ropa, pero siempre, a juicio de la espía, conservando la dignidad, la seriedad. Había dos que llamaron especialmente su atención: en ellas, aparecía la propia Greta Wolshof, con un niño. Ella iba vestida de calle, muy elegante, pero siempre con el tono justo, impecable. La hermosa muchacha rubia comenzó a resultarle simpática a la espía internacional. El niño era un rubiales muy hermoso, de unos seis años, que sonreía alegremente, tomado de la mano de ella. En la otra fotografía, el mismo niño, pero quizá tenía un par de años más. El tiempo pasa. La primera fotografía había sido tomada en una calle cualquiera… No sería fácil identificar aquella calle. La segunda, tenía como fondo un edificio grande, de altas torres puntiagudas, rodeado de verjas y de jardines… Parecía, a juicio de Baby, un colegio, un pensionado caro.

—¿Cree que puede ser hijo de ella?

Se volvió hacia Simón, y encogió los hombros.

—Es lo más probable —admitió—. No creo que eso tenga nada de asombroso.

—Es un niño muy hermoso —se tensó la voz de Simón.

—Sí, en efecto. Sigamos mirando.

Fue la propia Baby quien se llevó la tercera sorpresa, la peor de todas. Se quedó como clavada en el umbral de la puerta del dormitorio, contemplando a la mujer rubia que yacía en el lecho, cruzándolo en diagonal, con los brazos y la cabeza colgando fuera; los rubios cabellos llegaban al suelo. Ella estaba en camiseta de dormir, tan transparente que prácticamente se la podía considerar desnuda.

—Simón —llamó, con voz neutra.

Simón llegó a toda prisa del otro dormitorio, siguió la dirección de la mirada de Baby, y respingó. Pero en seguida entró, se arrodilló junto a la colgante cabeza de la mujer, y puso una mano en un lado del cuello. La retiró en seguida, al notar la frialdad marmórea de la fina piel.

—Está muerta —dijo con voz ronca.

Baby se acercó, sin hacer el menor ruido con sus zapatones de grueso tacón cuadrado. Parecía una cuarentona adusta, con sus ojos oscuros, su peluca color chocolate, su fea indumentaria… Estuvo unos segundos contemplando a la preciosa rubia muerta, fija su mirada en las muy visibles marcas que tenía en la bella garganta blanca, elegante, delicada… Eran unas marcas de dedos… Grandes, sólidos, poderosos dedos humanos que habían estado apretando allí implacablemente, hasta aniquilar aquella joven vida. Los ojos de Greta Wolshof sobresalían de un modo terrible, y estaban vidriosos y opacos.

—No —jadeó Simón—. ¡Esto no…!

Baby lo miró inexpresivamente. Vio el rostro demudado de su compañero, su palidez, la crispación en las comisuras de la boca.

—¿A qué se refiere? —inquirió.

—Esto no ha podido hacerlo él… ¡No es posible!

—¿Él? ¿Se refiere a Simón-Roma?

—¿Quién, si no? Mire bien a esta chica… Está prácticamente desnuda. Es fácil comprender que ella y Simón-Roma tenían unas relaciones… muy íntimas… Si ella dejó entrar a alguien en el apartamento estando vestida así, no podía ser otro que Simón-Roma… Y si ya estaba con ella, tenía que ser también él, para que ella se le mostrase así ataviada…

—Eso tiene sentido —murmuró Baby—. Lo que no tiene sentido es que Simón-Roma la haya estrangulado.

—¿No? ¡Pero si ella tenía algo que ver en…!

—Espere, Simón. Tranquilícese… Ninguno de ustedes tres conocía a esta mujer. ¿Cierto?

—Sí… Claro, cierto…

—Entonces… ¿por qué matarla? ¿Por qué había de matarla Simón-Roma, si ustedes no podían llegar hasta ella, ya que no la conocían?

—Eee… Pues… No sé… Bueno, quizá él pensaba que sí lo

habíamos visto alguna vez con ella, que la buscaríamos… Es posible que viniese aquí con ella, estando herido, y quizá comprendió que, estando descubierto, ella y quienes le pagan ya no lo consideraban útil… No sé… De lo que ya no cabe duda es que esta mujer está relacionada con la traición de Simón-Roma. Por Dios…, ¿quién sino él ha podido matarla? Quizá ella dijo algo que le hizo comprender que no iba a recibir ayuda, que lo matarían para que no dijese lo que sabe… Se asustó, o se indignó, la mató a ella…

—Parece factible. En cuyo caso, Simón-Roma debe estar ahora convertido en una fiera acorralada por nosotros y por… los otros. Nosotros, queremos encontrarlo para que nos diga qué es exactamente lo que ha estado haciendo, a favor de quién, y qué sabe de esas personas… Y esas personas quizá lo están buscando para matarlo a fin de evitar que él diga lo que sabe de ellos… Sinceramente, no quisiera estar en el lugar de Simón-Roma. Debe sentirse como una rata en una cloaca sin salida. Y si está herido, su humor no debe ser precisamente bueno…

—Escuche: ¿qué estamos haciendo aquí? —Se sobresaltó Simón —. Si ella era del grupo que compró a Simón-Roma, ese grupo tiene que saber ya que Simón-Roma la ha matado…

Baby asintió con la cabeza. Se arrodilló junto a Greta Wolshof, y puso dos deditos en la garganta. Estuvo así unos segundos y frunció el ceño, intentó luego mover un brazo de la mujer, pero estaba tan rígido que tuvo dificultades en su intento. La espía se incorporó.

—¿Cuánto hace exactamente que ocurrió todo? Me refiero al momento en que debieron matar a Simón-Muerto.

—Nosotros lo encontramos muerto hace ahora —miró Simón I su reloj… cuarenta y siete horas y media.

—Supongamos que hace cincuenta horas que Simón-Roma escapó, herido. Supongamos que vino aquí con esta mujer. ¿Sí?

—Pues… sí. ¿Qué trata de decir?

—¿Considera que Simón-Roma es tonto?

—¡No!

—Entonces, no tuvo por qué esperar aquí, en este apartamento, hasta esta mañana, si comprendía que lo iban a eliminar sus… nuevos amos. ¿Por qué estar aquí hasta esta mañana, siempre con el riesgo de que viniesen a matarlo tranquilamente?

—Pero…, ¿cómo sabe usted que él ha estado aquí hasta esta

mañana?

—Si suponemos que él ha estrangulado a Greta, así ha de ser. Ella no lleva más de doce horas muerta. Esto no tiene sentido, Simón.

—¿Cómo que no tiene sentido? —explotó Simón—. ¡Las cosas no pueden estar más claras!

—Más confusas, diría yo. Si querían matar a Simón-Roma, han podido hacerlo durante el tiempo que él ha estado aquí. La propia Greta pudo hacerlo de varias maneras. ¿O cree usted que no?

—Sí. Claro.

—Si querían matarlo, pudieron hacerlo con toda comodidad… Y si no lo mataron fue porque no pretendían semejante cosa. Entonces, hay que pensar que él no ha tenido motivos para estrangular a Greta.

—¿Está diciéndome que no ha sido Simón-Roma quien ha matado a esta mujer?

—Exactamente.

—Entonces…, ¿quién ha sido?

—No sé. Desde luego, un hombre… Un hombre muy fuerte. Un hombre, quizá, como Enrico Voltari, mi amiguito del apartamento de Simón-Muerto. Pero no ha sido Simón-Roma. No tendría sentido… ¿No le parece?

—Mire… SI quiere que le sea sincero, no entiendo nada de nada. ¿Qué trata usted de decirme, exactamente?

—Estoy tratando de decirle exactamente que están tejiendo una enorme telaraña bajo nuestros pies.

—¿Una… telaraña?

—Sí. Nosotros somos… las inofensivas moscas. A cada paso que damos, nos vamos enredando más en la telaraña, vamos quedando más y más apretados en sus hilos… Y mientras tanto, la araña que teje su telaraña debe estar frotándose las manos de satisfacción. Yo creo… ¿Qué le pasa? ¿Se encuentra mal?

Simón I estaba ligeramente pálido.

—¿Mal? —masculló ¡Me encuentro pésimamente! ¿Está usted diciendo que nos están… manejando, que estamos haciendo lo que otros quieren que hagamos…, que todo es una trampa?

—Desde luego.

—Y en esa trampa… ¿no interviene Simón-Roma?

—Ah, eso sí, naturalmente. Lo que no sé, es sí interviene en calidad de araña colaboradora, o, como nosotros, es una pobre mosca que ha metido los pies en la telaraña. Sólo hay un medio de saberlo: encontrarlo. Y yo lo voy a encontrar antes de veinticuatro horas.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Pero…

—Será mejor que nos vayamos de aquí. Yo me iré a mi hotel, a descansar y a pensar. Usted, reúnase con nuestros dos compañeros, y ayúdenlos a sacar ese cadáver del apartamento de Simón-Muerto. A la mujer —señaló— no la toquen. Que la encuentren, y que la policía italiana trabaje.

—Quizá sería prudente retirarla…

—No. Ya no quiero más complicaciones. Esto no es asunto nuestro, ¿verdad? Pues nos vamos. Vaya a ayudar a los otros, y cuando se hayan desembarazado de Enrico Voltari, investiguen sobre él en la dirección que contenía su permiso de conducir. ¿La recuerda?

—Mmm… Creo que era el 40 de Viale delle Belle Arti.

—Exacto. Tienen toda la noche y las primeras horas de mañana para presentarme un informe completo de lo que averigüen sobre Enrico Voltari, o quién vive con él en esa dirección… No tengan prisa, pero no dejen escapar ningún detalle.

—De acuerdo.

Salieron los dos del dormitorio. Antes de abandonar el apartamento, Baby descolgó de la pared una de las fotografías de Greta Wolshof con el niño, la quitó del marco, y se la guardó en el maletín.

En el portal, se detuvo en seco, volvió sobre sus pasos, y se quedó mirando el buzón de correspondencia.

—¿Lo abro? —dijo Simón.

—No. Yo lo haré. Usted vigile que nadie me vea desde la calle.

No tardó ni quince segundos en forzar la simplísima cerradura del buzón. Sacó el único sobre que había dentro, encajó la tapa en su sitio, y se reunió con Simón.

—Vámonos.

Poco después, estaban ambos sentados en el coche de Simón,

que contemplaba ávidamente el sobre que Brigitte sostenía entre sus deditos, indecisa. La dirección estaba bien clara, desde luego: Greta Wolshof - 1 y 4, Via Giovanni Lanza-Roma. Y el matasellos indicaba que la carta haba sido enviada desde la misma Roma. Sin remitente.

—Demonios —masculló Simón—. ¿No va a abrirlo?

—Sí.

Rasgó el sobre, y sacó algo que los dejó absolutamente estupefactos a los dos. Era un cuento. Un cuento para niños. El muy famosísimo cuento titulado «Los tres cerditos y el lobo feroz».

—Pe-pe-pero… ¿qué… qué es esto? —tartamudeó Simón.

—Un cuento infantil —sonrió desconcertada Baby.

—¡Eso ya lo sé! Pero… ¿qué demonios significa?

—Que me quede siempre con el aspecto de solterona que tengo ahora si lo entiendo —murmuró ella—. Bueno, quizá ella lo encargó en algún sitio, para el niño que aparece en las fotografías, y se lo han enviado por correo. Es una tontería… ¿Verdad?

—De las más grandes que he oído —masculló Simón.

—Sí… Bueno, déjeme cerca de mi hotel, Simón. Mientras ustedes hacen su trabajo, yo examinaré este cuento detenidamente. Si hay en él algo que valga la pena saber, lo encontraré, y los pondré al corriente por la radio de bolsillo.

—Está bien.

Capítulo VI

En la conserjería del hotel, *madeimoselle* Charlotte Martel tenía un recado. Un sobre, que le tendió el conserje de noche, mirando con curiosidad a la estrafalaria y poco agraciada turista, al mismo tiempo que le entregaba la llave de su habitación.

—Gracias —sonrió ella—. Lo han traído a mano, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién?

—Un hombre. Un anciano.

—¿Un anciano?

—Calculo que tendría no menos de setenta años. Encorvado, cabello completamente blanco, miope… Dijo que era para usted, y se fue. No parecía muy… muy… ¿cómo diría yo?… muy elegante, precisamente.

Madeimoselle Martel parpadeó.

—¿No dio su nombre, ni dejó ningún recado verbal?

—No.

—Bien… Gracias de nuevo.

Subió a su habitación, encendió un cigarrillo, se sentó en el borde de la cama, y examinó el sobre. En él solamente constaba el nombre de Charlotte Martel. Nada más. Lo abrió, sacó el papel doblado en cuatro, lo desdobló, y se quedó mirando e] mensaje, escrito en ruso:

En el 40 de Viale Belle Arti vive un alemán llamado Walter Lieben Taderhaun. Es una bonita villa clásica de Villa Borghese, con piscina y una pista de tenis. Está rodeada de una verja alta muy desagradable. No parece fácil entrar allí sin riesgo. Al parecer, *Herr* Walter Lieben Taderhaun, se dedica a la importación de aparatos electrodomésticos fabricados en la Alemania del Oeste. Enrico Voltari es… o era, su chófer.

Impasible el rostro, *madeimoselle* Martel tomó su encendedor, fue

al baño, prendió fuego a la nota, y dejó caer las cenizas en el inodoro, echando agua seguidamente. Volvió a sentarse en el borde de la cama, y tomó en sus manitas el cuento de «Los tres cerditos y el lobo feroz». Abrió la tapa, y frunció en seguida el ceño, en un clarísimo gesto de sorpresa y desconfianza. En la contraportada, había un papel engomado adherido en él. Constaba el precio del ejemplar, y el nombre y dirección de la librería donde había sido adquirido. Luego, miró lo que había escrito en la primera página del cuento, con letra grande y clara, en italiano:

A mi adorada Baby, con
admiración y cariño.
Simón

La espía internacional quedó petrificada durante no menos de medio minuto, leyendo una y otra vez aquella simple, pueril frase. Evidentemente, el cuento de los tres cerditos y el lobo feroz había sido enviado a Greta Wolshof, por alguien que la estimaba, y que la llamaba Baby. Esto es: bebé, nenita, muñequita… Muy normal, hasta aquí. Ahora bien, ¿quién podía enviar a una hermosa mujer como había sido Greta Wolshof un cuento infantil… con admiración y cariño?

Todavía desconcertada, la divina espía comenzó a pasar las páginas del cuento. Y de pronto, en la primera página en que aparecían juntos los tres asustados cerditos y el feroz lobo que tenía intenciones de comérselos, sus dedos quedaron inmóviles, como crispados. Sus ojos quedaron fijos en los tres cerditos, sobre cada uno de los cuales, con bolígrafo, se había escrito esto: $ 250.000. La cifra se leía claramente en cada una de las orondas panzas de los tres cerditos.

—Y el cuento ha sido enviado por alguien que se llama Simón —susurró Baby—. ¡Qué coincidencia!

Naturalmente, la posibilidad de que aquel Simón fuese uno de los agentes de la CIA, no podía pasarle por alto. ¿Por qué no? Pero había una pregunta que quedaba en el aire: ¿qué Simón había sido, si es que se trataba de uno de la CIA, el que había enviado el cuento a Greta Wolshof? ¿Simón-Roma? ¿O Simón-Muerto, puesto que éste, a juzgar por las fotografías que había tomado, conocía la existencia

de Greta Wolshof?

Escondió el cuento en el doble fondo del maletín, se desnudó, se quitó todos los molestos perifollos que componían su disfraz y se duchó con agua fría. Casi sin secarse, salió del baño, y se dirigió directa a la cama. Colocó la pistolita de cachas de madreperla bajo la almohada y se tendió… Solamente entonces se dio cuenta de que tenía apetito.

—Queridita —se dijo, sonriendo al techo—: tendrás que esperar a mañana para comer algo. *Bonne nuit, ma petite*!

Efectivamente.

En un santiamén se quedó dormida.

* * *

—Buenos días —saludó en impecable italiano, sonriendo—. ¿Tienen ustedes el cuento titulado «Los tres cerditos y el lobo feroz»?

El hombre que estaba tras el mostrador la miró amablemente, se colocó bien los lentes sobre sus ojos todavía con huellas de sueño, y asintió con la cabeza.

—Sí, señorita… Creo que sí. Lo miraré.

Se dirigió a uno de los estantes de la librería y estuvo buscando unos segundos. Retiró un delgado volumen, regresó tras el mostrador y mostró lo pedido a la madrugadora clienta.

—¿Es este el que usted quiere?

Madeimoselle Charlotte Martel tomó el cuento, lo miró, y aprobó con un gesto. Era idéntico al que alguien llamado Simón había enviado a Greta Wolshof. Alzó la tapa, y, en la contraportada, vio el mismo sello, con el precio y la dirección de la librería, que estaba en el Trastevere, el viejo barrio romano.

—Sí, éste es. ¿Mil liras?

—Sí. ¿Se lo envuelvo para regalo, quizá?

—No. Lo llevaré así mismo. Mmm… ¿Es un cuento que se vende mucho?

El hombre, medio calvo, gordito y rozando la senectud, parpadeó, como perplejo.

—Es uno de los llamados cuentos eternos. Se van vendiendo… Sin embargo, es curioso: ya no me queda ninguno. Este es el último.

—Seguramente ha vendido usted más estos últimos días.

—Sí… Curioso en verdad. Vendí seis hace dos días.

—¿Seis? Pues es una gran coincidencia que seis personas quieran en el mismo día el mismo cuento…

—No, no… No fueron seis personas. Fue una sola persona. Un niño… Sí, un niño. Vino aquí, me preguntó si tenía el cuento, le dije que sí, y… me pidió seis ejemplares. ¿No es asombroso? Seis ejemplares, nada menos.

—Es muy curioso, en efecto. ¿Cuándo fue eso?

—Anteayer, me parece… Sí, anteayer.

—¿Conoce usted al niño?

—Pues no… No le había visto nunca. Francamente, cuando el muchacho se presentó con diez mil liras en sus manos, me escamé un poco. A veces, usted ya sabe, esos golfillos le roban el dinero a sus madres, y se lo gastan en tonterías, pequeños vicios… Algunos empiezan a fumar a los 8 años, ¿qué le parece?

—Muy malo —sonrió *madeimoselle* Martel—. Francamente lamentable. Además, dicen que los niños que fuman se orinan en la cama.

El librero miró con asombrada amabilidad a la simpática cliente. Lástima que fuese tan estrafalaria, porque tenía simpatía, sin duda alguna.

—Sí —rió—. Eso dicen. Claro que es sólo para asustar a los niños, para que no fumen, ¿verdad?

—Supongo que es verdad —asintió ella—. Pero no puedo asegurarlo, pues yo de niña no fumaba. De todos modos, cualquier treta es buena para impedir que los niños fumen. En cambio, ¿ve usted?, yo robaba manzanas. Es mejor que fumar, ¿no cree?

—¡Yo también robaba manzanas! —exclamó el librero, riendo—. ¡Era divertidísimo, ahora que lo pienso!

—Un niño o niña que no haya robado manzanas, o uvas, o peras, no sabe lo que es divertirse —sonrió encantadoramente la estrafalaria cliente—. Esas son cosas que luego nos hacen recordar la niñez como una época feliz. ¿Dice que se sorprendió usted al ver a un niño con tanto dinero?

—Pues sí —rió el hombre—. Pero cuando me dijo que quería seis cuentos, me tranquilicé. Pensé que serían para un regalo, o para un colegio… Algo así.

—Y no conocía usted a ese niño.

—No.

—Bien… ¿Será tan amable de darme un sobre, papel, y prestarme un lápiz o algo para escribir?

—¡Con mucho gusto!

Poco después, *madeimoselle* Martel, de nombre Charlotte, escribía en el papel:

> *Puente de San Angelo, hoy, a las nueve de la noche. O mañana, o pasado, a la misma hora. Fecha: 26-8-71, Roma.*
>
> *Bambina*

Dobló el papel, lo metió en el sobre, lo cerró y lo tendió al librero, sonriendo amistosamente.

—El niño que vino a comprar los seis cuentos, volverá por aquí, quizá hoy mismo, o mañana, o pasado… Le preguntará a usted si alguien estuvo preguntando por él. Entonces, deberá entregarle este sobre. ¿Cuento con ello, señor?

El hombre la miró. Miró el sobre. Miró las cincuenta mil liras que había junto al sobre. Parpadeó.

—Desde luego que sí, señorita.

—Gracias. Es usted muy, muy amable. Yo iré llamando por teléfono, para saber si el niño ha venido.

—Pregunte por Rossano. Ese soy yo —sonrió—. A su servicio.

—Gracias.

Salió de la librería, fue adonde había dejado el cochecito «Fiat 500» alquilado aquella misma mañana, y se sentó ante el volante. Examinó el cuento, pero, naturalmente, no encontró ninguna inscripción en parte alguna ni la cifra de $ 2,50.000 e cada uno de los tres cerditos. Guardó también aquel cuento en el doble fondo del maletín, sacó un plano de Roma, y buscó Viale delle Belle Arti. Efectivamente, estaba en Villa Borghese, casi tocando el Zoológico. Dejó el plano, se quitó la peluca, las microlentillas, los aros de plástico de la nariz, las almohadillas del interior de la boca, el vestido… En tres minutos, la estrafalaria *madeimoselle* Charlotte Martel, quedó convertida en una elegantísima joven de grandiosos ojos azules, larga cabellera negra y ondulada, boquita sonriente… Un minivestido absolutamente estival completó el fantástico cambio. Si alguien hubiera visto entrar en el cochecito a Charlotte

Martel, y hubiese mirado después del cambio operado en ésta, seguramente habría llamado un taxi para que lo llevara al manicomio: era como ver convertirse una fea remolacha en una deliciosa flor.

—Vamos allá —se dijo la bellísima damita de los ojos más bellos del mundo.

Capítulo VII

Detuvo el cochecito algo lejos del número 40 de Viale delle Belle Arti, se apeó y acabó de acercarse a pie. Efectivamente, era una hermosa villa de las muchas que hay en Villa Borghese. Y había una… inquietante y altísima verja de lanzas de hierro.

Estuvo un par de minutos contemplándola detenidamente, pensativa, hasta que notó la presencia de alguien a su izquierda… Se volvió con velocidad contenida, y sus ojos se clavaron en los del anciano de cabellos completamente blancos, que la contemplaba a través de sus lentes de miope. Iba muy encorvado, y parecía tener no menos de setenta años.

—¿Me daría usted una limosna, señorita? —pidió el hombre, en italiano, con voz quejumbrosa.

—Es feo pedir limosna —dijo ella.

—Soy un pobre viejo, señorita… No tengo a nadie en el mundo que quiera recogerme y cuidar de mí… ¿Qué otra cosa puedo hacer? Me gustaría trabajar, pero nadie me acepta… ¿Me da una limosna?

La bella damita de los ojos azules sonrió, abrió el maletín rojo con florecillas azules ahora, y sacó un billete de diez mil liras.

—Un consejo, abuelo —sonrió—: no se lo gaste en mujeres.

—Pobre de mí…, ¡qué más quisiera yo! Pero ya… Sí, tuve un amor, hace tiempo, tiempo, tiempo… ¡Muchísimo tiempo! Pero ya…

—Seguro que ella está muy vieja ahora —sonrió la bellísima.

—¡Por el contrario! Cada día está más joven y hermosa… Es desesperante. En cambio, yo, ya ve…, estoy hecho una ruina. ¿Se ha dado cuenta de que esto es un billete de diez mil liras?

—Desde luego.

—Dios se lo pague. Y la Virgen. Y todos los Santos, señorita… Me gustaría poder hacer algo por usted… ¿Puedo?

—Pues por ahora, no, abuelo. Pero…, ¿quién sabe?

Dio media vuelta, regresó adonde había dejado el cochecito, se metió dentro, y lo puso en marcha. Segundos después, lo detenía ante la doble puerta de barrotes de hierro de la Villa que pertenecía al tal Walter Lieben Taderhaun. No había ni rastro del anciano mendigo.

Salió del coche, tiró de la cadenita de llamada, y volvió ante el volante. A los pocos segundos, un hombre apareció tras las verjas, y se quedó mirando el coche con el ceño fruncido. La divina espía sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Abra! —Casi exigió.

—¿Qué desea usted? —masculló el portero.

—¡Abra enseguida si no quiere que el señor Lieben lo eche a patadas dentro de unos minutos!

El hombre vaciló, pero abrió, al fin, Evidentemente, esperaba que la visitante se detuviera junio a él una vez cruzadas las verjas, para darle una explicación, pero el cochecito pasó por su lado a toda velocidad de la primera marcha, directo hacia la casa, enfilando el sendero. Todavía estaba el hombre estupefacto cuando ya el «Fiat 500» se había detenido ante la escalinata de la entrada. Cerró las verjas, y echó a correr hacia allí, al mismo tiempo que, de la casa, salía otro hombre, con pantalones negros y chaleco a rayas moradas y negras. Si había alguien en el mundo que pareciese un mayordomo, era aquel hombre…, que se apresuró a bajar la escalinata, llegando junto a Brigitte cuando ésta acababa de salir del coche.

—¿Quién es usted? —graznó ásperamente—. ¿Qué desea?

—Aquí vive el señor Lieben, ¿no es así?

—Sí… Sí, en efecto.

—¿El que se dedica a importar electrodomésticos de Alemania?

—Sí… Sí, sí.

—Bien. Dígale usted que quiere verlo una representante de la firma «Informes Generales de Italia». Se nos ha pedido un informe comercial sobre él, y consideramos de vital importancia una entrevista de tipo… personal. Un informe preliminar, ¿comprende?

Todavía con el ceño fruncido, el hombre la estuvo contemplando unos segundos. Finalmente, debió llegar a la conclusión de que no era suya la responsabilidad de recibirla o no.

—Espere un momento —murmuró—. Veré si el señor está en casa.

Dio media vuelta, subió la escalinata, y desapareció en el interior de la casa. Reapareció tres minutos después, y, desde lo alto, hizo una seña a Brigitte, que haba encendido un cigarrillo.

—Entre, por favor.

La condujo a un gran salón, magníficamente decorado y amueblado, como correspondía lógicamente a la villa. Al fondo había un gran ventanal a través del cual se veía la pista de tenis. Más allá, entre la arboleda, las puntas de lanza de las verjas.

—Tenga la bondad de esperar un minuto: el señor Lieben bajará en seguida.

—Gracias.

El mayordomo salió, cerrando la doble puerta tras él. La divina espía se acercó a una mesita baja, aplastó el cigarrillo en el cenicero, y miró a su alrededor, especialmente hacia los cuadros… Pero ni siquiera tuvo tiempo de pensar en la conveniencia de mirar tras ellos. La doble puerta se abrió, y entró, adormilado todavía, un hombre menudo, orondo, calvo, de ojos diminutos y astutos. Iba envuelto en un batín sobre el pijama. La miró con curiosidad y expectación, parpadeando, mientras se acercaba a ella.

—Buenos días —saludó vivazmente Brigitte—. ¿Es usted el señor Lieben? ¿Walter Lieben Taderhaun?

—Sí, en efecto… Buenos días. Perdone que la reciba así, pero me ha parecido que era algo tan urgente… Estaba durmiendo.

—¿De veras? —se consternó ella—. ¡Cuánto lo siento!

—Ya no importa —sonrió el regordete personaje, cuyo acento alemán era inconfundible—. ¿No quiere sentarse?

—Gracias.

Se sentaron los dos. *Herr* Lieben, sin poder evitarlo, dirigió su mirada a las piernas de Brigitte. No cabía duda de que había tenido un bello despertar.

—Usted dirá, señorita… señorita…

—De Santi. Nina De Santi. Trabajo en «Informes Generales de Italia»… ¿Ha oído nombrar esta firma, señor Lieben?

—No… Creo que no.

—Me sorprende de veras. Es la firma de más prestigio en el país, para informes comerciales. Usted ya entiende: cuando alguien que

está dispuesto a realizar un negocio de considerable envergadura quiere estar seguro de dónde pone los pies, recurre a nosotros.

Herr Lieben reflexionó unos segundos.

—¿Quiere decir que le han pedido informes comerciales míos a su agencia, señorita?

—Exactamente. Entiendo que usted es alemán, señor Lieben.

—Sí… Alemán.

—¿Tiene residencia allá?

—Desde luego.

—Me refiero a residencia privada.

—Sí, sí, privada.

—¿También tiene sede comercial?

—Evidentemente.

—¿Puede usted darme las direcciones de ambas?

—¿Con qué objeto?

—Ya le he dicho que precisamos un informe comercial sobre usted. No es nada deshonroso, ni mucho menos; en todo caso, refleja una cierta ignorancia de nuestro cliente respecto a su firma. Usted haría lo mismo, si es un buen comerciante.

—Sí, seguramente haría lo mismo.

—Es normal este proceder. Comprendo que debe resultar un tanto molesto que vengan a nuestra propia casa a interrogarnos, pero comprenda usted, yo sólo cumplo mi trabajo.

—Lo comprendo perfectamente.

—Bien… espero que usted no tenga inconveniente en contestar a mis preguntas sobre el volumen de su empresa, el de ventas, referencias, avales… Usted entiende.

—Entiendo —sonrió amablemente Lieben Taderhaun—. Y voy a facilitarle extraordinariamente su trabajo, señorita De Santi: diríjase a la Banca de Italia, a la central de Roma, precisamente. Allá, le darán todos cuantos informes comerciales precise de mí su firma.

—Ah… Bueno, de todos modos, yo había pensado que una entrevista personal siempre sería menos violento.

—¿Por qué motivo?

—El hecho de que a una persona la… investiguen económicamente puede dar que pensar a otras personas. Entienda usted que mi postura al venir aquí directamente es debida a… digamos una consideración personal hacia el investigado. A veces,

se sienten fastidiados por el hecho de que pidamos datos sobre él a otras personas, y prefieren facilitárnoslos ellos mismos. Por eso…

—Es usted muy delicada, señorita De Santi. Ciertamente, agradezco su tacto y el de su firma, pero en mi caso, le aseguro que no existirá fastidio por el hecho de que se dirija con todas sus preguntas a la Banca de Italia.

—Muy bien. Si usted lo prefiere así… Su negocio consiste en electrodomésticos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué marcas llevan esos aparatos?

—Ya le he dicho, señorita De Santi, que dirija todas sus preguntas a mis banqueros de Italia.

Brigitte parpadeó. Se puso en pie, sonriendo como turbada.

—Espero no haberle molestado, señor Lieben. La norma de mi firma es…

—No me ha molestado —Lieben Taderhaun se había puesto también en pie, y tendió su diestra, regordeta, blanda y cálida—. Pero yo también tengo mis normas, compréndalo.

—Sí, lo comprendo. En realidad —Brigitte sonrió deliciosamente—, ha sido usted muy amable. De veras lamento haberle molestado.

—Aprovecharé para atender mis negocios con una hora de anticipación. Casi debería estarle agradecido. La acompañaré.

Sonriendo los dos como encantados de que en el mundo se pudiese encontrar todavía gente simpática y amable, se dirigieron a la puerta del salón. Lieben Taderhaun la abrió, e hizo una seña al mayordomo, indicando la puerta de la casa…

—Oh, ahora que pienso —exclamó Brigitte—. ¿Tiene usted chófer, señor Lieben?

Por un instante, sólo por un brevísimo instante, apareció un destello de alarma en los ojos del alemán. Un destello de alarma y de vigilancia extrema hacia la señorita De Santi. Fue tan breve ese destello, que hacía falta toda las grandísima experiencia de la espía Baby para captarlo.

—Sí… Naturalmente que tengo chófer.

—Quizá va a pensar usted que abuso de su amabilidad, pero…, ¿no podría verlo?

—¿A mi chófer?

—Sí, sí… verá, tengo un cochecito pequeño y viejo… No sé

cómo he podido llegar hasta aquí. Temo que se me presente otra avería… Bueno, se me ocurre que su chófer debe entender de mecánica lo suficiente para decirme si es preferible que lleve el coche al taller inmediatamente, o puedo utilizarlo hoy. ¡Tengo tantísimas cosas que resolver esta mañana!

—Comprendo. Pero lo siento… Mi chófer no está en casa. Se fue ayer a cumplir unos encargos, y todavía no ha regresado. Temo que haya sufrido un accidente, y ya he avisado a la policía.

—Oh. Lo siento de veras… Espero que no se cumplan sus temores. Bien, adiós, señor Lieben. Muchas gracias por su amabilidad.

—A usted. Voy a llamar al banco, para que la atiendan debidamente.

—De nuevo gracias. Adiós.

Salió de la casa, se metió en el cochecito, y segundos después abandonaba la villa. Pero no fue muy lejos… Apenas ochenta metros más allá, detuvo el coche, paró el motor, salió y alzó el capó del motor, mirándolo enfurruñada.

La trampa estaba tendida.

Si Lieben tenía algo que ver con aquello, lo menos que haría sería enviar a alguien tras ella, en cuyo caso, no tardaría mucho en salir un coche desde la villa, con intenciones de seguirla. Eso, por lo menos. Luego, había una segunda faceta: si Simón era un traidor, y estaba allí, con lo cual se confirmaría la intervención de Lieben en el asunto, sabría inmediatamente que Baby había estado en la villa en cuanto el alemán le describiese a la señorita Nina De Santi; en cuyo caso, también saldrían tras ella, y entonces con mucho peores intenciones, pues comprenderían que estaba sobre la pista de ellos. Era mucho riesgo, ciertamente, pero el riesgo, en el espionaje, es siempre inevitable…

Seis minutos más tarde, ningún coche había salido de la villa, con lo que Baby tuvo que debatirse entre dos dudas a cual peor. Una, significaba que no tenía pista alguna, que Simón ni estaba allí ni como amigo ni como enemigo y que Lieben no tenía nada que ver con el asunto. Dos, que Lieben podía tener que ver mucho en el asunto, pero que era extraordinariamente astuto, hasta el punto de comprender que cualquier reacción suya ante la visita de la señorita De Santi, podía delatarle…

—A lo mejor, puedo ayudarla ahora —dijo una voz cascada.

Se volvió, y sonrió al encorvado anciano de blancos cabellos y miopísimos ojos.

—¿Todavía está por aquí, abuelo?

—Ya ve: es mi zona. Gente de dinero, ¿comprende?

—Vaya… Usted es un sinvergüenza, ¿no?

—Sólo lo justo, señorita… ¿La ayudo? La recuerdo bien: usted es una persona generosa.

—Gracias —rió ella—. Pero no espere otro billete de diez mil liras. Además, ya he arreglado yo sólita la avería. *Ciao*!

—«Ciao» —pareció desilusionarse el anciano.

Segundos después, la más peligrosa espía del mundo se alejaba en su pequeño «Fiat 500» alquilado. Algunos minutos más tarde, en un lugar propicio, volvió a convertirse, con sus trucos de caracterización, en la fea y estrafalaria *madeimoselle* Charlotte Martel. Luego, buscó un aparcamiento para el coche, lo dejó allí cerrado y se alejó, a pie.

Simón I entró en el pequeño y modesto restaurante donde se servían típicas comidas italianas a precios módicos, miró a todos lados, la vio sentada a una mesa en un rincón, y fue a sentarse ante ella, con expresión indecisa.

—Hola —sonrió Charlotte Martel—. Perdone que le haya hecho venir aquí, Simón, pero tenía un apetito espantoso.

El agente de la CIA parecía ahora un poco alarmado.

—¿Contestó desde esta mesa a mi llamada por la radio?

—No. Mi radio tiene un zumbador especial, que mis orejitas oyen en seguida. Fui al lavabo, y le cité desde allí. Luego, volví a la mesa. ¡Hacía tiempo que no comía tan riquísimos *spaghettis*…! Es que engordan, ¿sabe? Aunque —su ceño se frunció—, ahora dicen que no es cierto, que las pastas no engordan. ¿Quiere almorzar conmigo?

—Nuestros compañeros nos están esperando en el coche… Creo que se alarmarían si tardo demasiado.

—Sí, es cierto… ¡Riquísimos! Veremos ahora qué tal está la carne. ¡Y con buen vino italiano! *Mamma mía*!

Simón sonrió, divertido.

—Parece que está usted de buen humor.

—Tengo mis motivos: muy pronto, veré a Simón-Roma.

—¿Qué? —Casi gritó Simón—. ¿Cómo ha conseguido…?

—Sssttt… Va a llamar la atención, Simón.

Tranquilo… Y ya le dije que tengo siempre mis propios recursos.

—¿Está segura de que va a ver a Simón-Roma?

—Casi completamente segura… Esta carne resulta un poco dura; pero ya se sabe: no podemos exigir que todo sea perfecto, y por el precio, tampoco voy a pedir que me sirvan «Chateaubriand», ¿no le parece?

—Usted, según parece, está acostumbrada a lo bueno.

—Pues sí. Y, como suele decirse, «sólo lo mejor es bueno…». Por eso, siempre he considerado absurdo y peligroso utilizar espías de segunda o tercera categoría… Es un riesgo y una contrariedad siempre. Deberíamos haber sólo unos pocos espías en el mundo, pero todos de primerísima categoría.

—Al parecer, usted se incluye en esa primerísima categoría.

—¿No está de acuerdo?

—No sé. Pero si juzgo por lo que Simón-Roma nos contaba en ocasiones, no cabe duda de que lo es. Dígame una cosa: si piensa que sólo lo mejor es bueno…, ¿por qué no se ha alojado en un hotel de lujo, y está ahora bebiendo auténtico «Chateaubriand»?

—Porque es bueno conocer el mundo que nos rodea, Simón, no solamente «nuestro» mundo. Eso provoca… ¿cómo le diría yo?… una… especie de ceguera moral.

Simón I parpadeó, mirando con renovado interés a aquella extraordinaria mujer. Sí, cada vez le parecía más extraordinaria. Era de categoría, de clase, de los más privilegiados de la vida. Podía percibir esto en ella… Miró la carne, ciertamente algo dura, el pan sobre el mantel no demasiado limpio, el plato de *spaghetti* ya vacío a un lado, rompiendo la estética de la mesa… Y la marca del vino, vulgar y corriente. Vino de doscientas liras la botella…

—¿En qué categoría de espías me ha clasificado a mí? —musitó.

Baby le miró amablemente. Se sirvió vino, bebió un sorbo sin que su gesto de agrado se alterase lo más mínimo a pesar del fuerte tono agrio, y dijo:

—Le he hecho venir porque quiero decirle personalmente que desaparezca de escena. Usted y los otros dos Simones.

Simón se mordió los labios.

—¿Significa eso que nos considera de segunda categoría…? ¿O

de tercera?

—No sea quisquilloso, Simón. Son mis planes, eso es todo.

—Ni siquiera me ha preguntado por Walter Lieben Taderhaun, que es el asunto que yo creía le interesaba de mí en estos momentos.

—Ya sé lo suficiente sobre ese caballero.

—¿Qué? —Palideció Simón.

—He estado hablando con él esta mañana.

Simón respingó, se atragantó, y finalmente se quedó mirándola con ojos desorbitados, más pálido aún que antes.

—¡Pero han podido matarla, han podido…!

—*Herr* Lieben no tiene nada que ver con el asunto. Su chófer, sí, naturalmente. *Herr* Lieben ha informado a la policía de su desaparición; supongo que pronto encontrarán el coche, y lo llevarán a la villa del alemán. Pero —sonrió secamente—, espero que jamás encuentren el cadáver del chófer Enrico Voltari, ¿verdad?

—¿Eh? Oh… ¡Oh, sí! Sí, descuide: jamás será encontrado el cadáver.

—¿Todo fue bien? ¿Ninguna dificultad?

—Absolutamente ninguna.

—*Okay*. Adiós, Simón. Besos para los tres.

—Pe-pero no… no puede prescindir así de nosotros…

—¿Por qué no?

—¡No puede quedarse sola en Roma, haciendo frente a un asunto de traición! ¡Es un riesgo absurdo el que está dispuesta a correr!

—Insisto en que tengo mis propios recursos. Muy pronto, me entrevistaré con Simón-Roma, solucionaré este asunto para bien o para mal, y volveré a casa. Eso es todo. Ustedes, desaparezcan. Sería buena idea que tomaran la ruta de París. Es la más segura.

—¿Quiere decir que tenemos que volver a Washington?

Baby acabó de engullir la carne, bebió un traguito de vino y se limpió los labios con la servilleta de dudosa blancura.

—Esas son mis órdenes —dijo inexpresivamente.

—Pero…

—Simón: ya me han matado a un Simón en Roma. Hay otro que quizá tenga que morir. Son dos. Para mí son demasiados muchachos muertos. ¿Lo entiende?

Simón se pasó la lengua por los labios. Asintió con la cabeza, se puso en pie, vaciló…

—Adiós, Baby.

—Feliz viaje. Y tengan mucho cuidado.

Simón abandonó el restaurante, y Baby terminó su almuerzo. Pagó la cuenta, fue a lavarse las manos al lavabo, y, cuando cruzaba el local hacia la puerta, se detuvo junto a una mesa, contemplando el periódico en cuya primera página, se veía la fotografía de Greta Wolshof, en la cama de su dormitorio… La habían encontrado. Comenzó a leer, sin tocar el periódico, hasta que oyó la voz junto a ella.

—Un crimen pasional, desde luego.

Se volvió, y contempló indiferente al camarero que le había servido el almuerzo, y que miraba la fotografía con gesto malicioso.

—¿Usted cree? —preguntó, por cortesía.

—¡Claro! Los detalles no fallan… Era una chica de esas que trabajan en locales nocturnos, usted entiende, ¿verdad? Fue encontrada casi desnuda, estrangulada… Era muy bonita, y joven… Un crimen pasional, se lo digo yo. ¡A saber lo que se había buscado la pájara esa!

—Sí… A saber lo que se había buscado —musitó Baby.

Abandonó el restaurante. Lo peor había sido el vino. Fatal.

Lo primero que su mirada captó al salir a la calle, fue al hombre que estaba a la derecha, en la misma acera, al parecer absorto en la contemplación del escaparate de una zapatería, No es que lo viese, no… Ver, vio a muchas personas. Pero «captó» a aquel hombre de una manera especial, notó su brusco y ligerísimo envaramiento al aparecer ella en la calle.

Pero, como quien no tiene la menor preocupación, Charlotte Martel se dirigió hacia donde había dejado el cochecito, bastante lejos de allí. Ni una sola vez volvió la cabeza, ni recurrió a treta alguna para cerciorarse de que aquel hombre la seguía. Sin embargo, cuando se metió por fin en el «Fiat 500», sabía que aquel hombre estaba tras ella.

Dio el encendido del motor, mirando por el retrovisor tras ladearlo convenientemente. Y una seca sonrisa apareció en los mal maquillados labios de *Madeimoselle* Martel, al ver al hombre del escaparate entrando en el coche que, también a marcha lenta, la

había estado siguiendo… O se creían muy listos, o creían que ella era tonta de capirote. Lo cual no encajaba, porque era dudoso que aquellos hombres Ignorasen que estaban siguiendo ni más ni menos que a la agente Baby, de la CIA, la espía más peligrosa del mundo, la espía jamás vencida.

Partió, colocó bien el retrovisor, y pudo ver perfectamente el coche que la había seguido, llevando dentro, ahora, además del conductor, al hombre que la había seguido, a otro.

Okay.

Veinte minutos más tarde, detenía el coche cerca del «Albergo Stromboli», se apeaba inmediatamente, y entraba en el hotel.

—¿Algún recado para mí? —preguntó en conserjería.

El hombre miró el casillero al tomar la llave.

—No, señorita, ninguno.

—Gracias.

Subió a su habitación, se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada por dentro, y luego colocó apoyada en ella una silla, de tal modo que ésta caería inevitablemente al ser movida la puerta. Se asomó a una ventana, y, efectivamente, abajo vio el coche que la había seguido.

Impasible, entornó la ventana, se quitó todos sus perifollos de disfraz, y se tendió en la cama. Tres segundos más tarde, estaba dormida.

Capítulo VIII

Despertó a las cinco y media en punto. Se duchó, se colocó los artilugios de su disfraz se contempló críticamente al espejo, y frunció el ceño.

—La próxima vez —se dijo— utilizaré el disfraz de rubia bonita.

Recogió el maletín, echó un vistazo por la ventana, y sonrió secamente al ver el coche, en el mismo sitio. Por la ventanilla del conductor asomaba un antebrazo, y en la mano se veía un cigarrillo humeante.

—Colegas, así es nuestra profesión: muy aburrida a veces. En cambio, yo —sonrió de nuevo— he dormido una siesta espléndida.

Salió del cuarto, lo hizo poco después del hotel, y se metió en el cochecito. Ni siquiera se molestó en mirar por el retrovisor. Durante más de una hora, estuvo paseando en coche por Roma, admirando sus bellezas artísticas, y hasta tiró una moneda a la Fuente de Trevi, que estaba casi seca, formulando un deseo:

—Que no dejen de seguirme.

Hacia las siete y media, estaba tomando granizado de café en la Plaza de España, contemplando amablemente la muchedumbre que llenaba la gran escalinata. Comenzaba ya a refrescar un poco, pero muchos romanos iban todavía no ya en mangas de camisas, sino en camiseta. El granizado de café estaba bueno.

A las ocho, ya anocheciendo, pagó el granizado de café, incluyendo una propina que dejó atónito al camarero. Preguntó por el lavabo, y se fue hacia allá. En menos de un minuto, la casi fea *madeimoselle* Martel se había convertido en la bellísima *miss* Montfort, y el maletín forrado de negro era ahora rojo con florecillas azules. Salió del lavabo diez minutos más tarde, y cruzó la terraza del café consiguiendo no ser vista por el camarero que la había servido.

Sin vacilar, cruzó la explanada pasando junto al coche dentro

del cual estaban los dos hombres que la seguían. Sólo dos. Bueno. Era la última prueba. Si la seguían, aquel asunto ya no tendría secretos para ella.

Llegó a su coche, se metió dentro, partió… y al mirar por el retrovisor, vio al coche tras ella. Un gesto duro apareció en el rostro de la divina espía, pero, en seguida, fue sustituido por otro de intensa pena, de profunda congoja.

—Ojalá me hubiese equivocado —susurró.

A las nueve menos cuarto, cruzaba el Puente de San Angelo, se desvió hacia Via Conciliazione, buscó un sitio para dejar el coche, y se apeó. Regresó a pie hacia el Puente de San Angelo. Ya era de noche. En su relojito, que había colocado puntualmente a la hora de Roma, eran las nueve menos seis minutos cuando se detuvo en la punta de Via Conciliazione, volviéndose para contemplar, al fondo, la Plaza de San Pedro, iluminada, con el Vaticano resaltando majestuosamente.

Por supuesto, el coche la estaba siguiendo.

A las nueve menos dos minutos, entraba en el Puente de San Angelo. Caminó unos pasos, y se detuvo. Se asomó a mirar el cauce del Tíber, completamente seco. Parecía puro desierto, con la reseca tierra agrietada… Por un lado, un delgado hilillo de agua se deslizaba silenciosamente.

A las nueve en punto, apareció un niño en el extremo opuesto del puente. Debía tener ocho o diez años. Era menudo, de grandes ojos oscuros, cabello lacio y negro; el clásico hermoso chiquillo italiano. Su aspecto no era precisamente próspero, pero llevaba un gran reloj de pulsera, que iba consultando. Brigitte lo vio venir, y sonrió cuando el niño se detuvo ante ella.

—Me dice usted la hora, *signorina*? —pidió el chiquillo—. Me parece que se ha estropeado mi reloj.

—Son las nueve en punto —dijo Brigitte.

—Ah… Gracias. Es que tengo que ver aquí a una «bambina» a las nueve en punto.

Brigitte se sintió sobrecogida, espantada. Era horrible tener que utilizar a aquel niño. Por supuesto, el pobrecito no sabía en lo que se estaba metiendo, y era de esperar que Simón hubiese tenido en cuenta el modo de sacarlo incólume de aquello.

—Espero —sonrió con esfuerzo— que sea una «bambina» muy

bonita.

—Eso me ha dicho mi amigo.

—Supongo que tu amigo se llama Simón.

El niño la contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Sí… Sí, sí. Yo me llamo Giovannino. Pero me llaman Mino.

—Claro.

—Mi amigo Simón quería venir, pero está enfermo. Tengo que decirle a la «bambina» que venga conmigo: él la está esperando.

—¿Tú eres quien fuiste a comprar seis cuentos de «Los tres cerditos y el lobo feroz»?

—Sí, «signorina».

—Pues yo soy la «bambina»… Espero ser de tu agrado. ¿Te parezco lo bastante bonita?

El niño asintió con la cabeza, absolutamente maravillado. Lo estaba desde que había visto a la bellísima «signorina» de les grandísimos ojos. En sus oídos, resonaban todavía las fatigadas palabras de su amigo:

> *«la verás y la reconocerás enseguida, Nino: será la más bella, bellísima* signorina *que has visto en tu vida…».*

Y era verdad. Era absolutamente verdad.

—¿Te has quedado sin habla? —sonrió Brigitte—. Bueno, vamos a ver a nuestro amigo Simón. Dame la mano.

Lo tomó de la mano, y fueron hacia donde había dejado el coche. Ya los dos dentro, encendió el motor, y miró al niño.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

—A Trastevere… Yo la iré guiando luego.

—Me parece espléndido.

El coche partió. La espía miró por el retrovisor. Por supuesto, atrás llevaban el coche con los dos hombres.

* * *

—Pare —dijo Nino—. Es ahí.

Brigitte frenó, y se quedó mirando a donde señalaba el chiquillo. Era un taller de reparaciones de bicicletas y motocicletas. Estaba cerrado, no se veía a nadie.

—¿De quién es el taller, Nino?

—De mi padre. Mi padre es muy amigo de Simón.

—¿Tú padre también está ahí?

—No, no… Nosotros vivimos aquí cerca, no en el taller.

—Pero Simón sí está en el taller, ¿verdad?

—Sí. Al fondo hay un cuarto donde mi padre guarda cosas que ya no sirven, pero que pueden servir alguna vez. Simón está allí. Me dijo que le dijera a usted que no entre sin llamar.

—Entiendo. Pero eso se refiere a la puerta del cuarto donde está él. ¿La puerta del taller está abierta?

—Sí, «signorina».

—Bueno. ¿Tú conoces bien el Trastevere, Nino?

—Sí, muy bien. He nacido aquí.

—Estupendo. Ahora, vas a marcharte… Pero no vayas a tu casa, ¿comprendes? Vas a salir del coche tranquilamente, te meterás por esa calle —señaló—. Y luego echas a correr. No te detengas por nada. Absolutamente por nada. Y tienes que correr de modo que si alguien que no conoce el Trastevere tan bien como tú, quisiera seguirte, no pudiera encontrarte jamás. ¿Puedes hacerlo?

—Seguro —sonrió el niño.

Brigitte tragó saliva.

—Pues hazlo —susurró—. Adiós, Nino.

Le dio un beso, y el niño salió en seguida del coche. Lo vio caminar hacia la calleja, desaparecer por ella… Se volvió en el asiento, pero no vio el coche. No importaba. Se apeó, dejando el coche sin cerrar, con las llaves en la ignición.

Fue al taller, empujó la gran puerta, entró, y la ajustó tras ella. Sacó del maletín la linterna-bolígrafo, la encendió, y describió un rápido arco con ella. La apagó en seguida, y, sin vacilaciones ni tropiezos, llegó hasta la puerta del fondo. Se colocó a un lado, llamó con los nudillos, y musitó:

—Simón, encienda la luz y no se mueva. ¿Me ha oído?

No hubo respuesta. Pero tres segundos después, una raya de luz apareció por debajo de la puerta, Brigitte se alejó rápidamente de la puerta, y se acuclilló junto a varias motocicletas que esperaban su turno de reparación. Dejó el maletín a un lado, empuñó la pistolita, y sus ojos quedaron fijos en la puerta del taller…, que no tardó ni medio minuto en abrirse. Recortadas en la luz de la calle, distinguió

perfectamente las siluetas de los dos hombres. Entraron ambos, y cerraron la puerta. Sus pisadas cautelosas llegaban a los finos oídos de la espía internacional con la misma claridad que si fuesen cañonazos. Además, seguía viendo sus siluetas. Y, en un momento dado, ya ambos muy cerca de la puerta por debajo de la cual se veía luz, distinguió, al leve resplandor de ésta, el brillo de las pistolas que empuñaban.

Baby se puso en pie, alzando y estirando su brazo derecho. Y con una frialdad capaz de parar el corazón de una persona ajena al espionaje, apretó por dos veces el gatillo de su pistolita.

Plof… Plof…

En el oscuro taller se oyeron claramente los dos gemidos de muerte, y los golpes de ambos cuerpos al caer. La luz desapareció de debajo de la puerta.

Silencio absoluto.

Oscuridad absoluta.

Tres minutos después, se encendió la pequeña linterna de la espía, y su luz, un pequeño círculo amarillo, cayó sobre el rostro de uno de los hombres. Un rostro crispado, de expresión desorbitada, angustiada; un pequeño orificio oscuro se veía en su parietal izquierdo. La luz se desplazó, iluminando el rostro del otro hombre. Casi lo mismo todo, excepto que el negruzco agujero de la bala lo tenía en la sien izquierda.

La luz de la linterna se apagó.

Segundos después, se oían unos golpecitos en la puerta.

—Simón: todo va bien. Voy a entrar.

Empujó la puerta, cerró tras ella. La luz se encendió, y Brigitte estuvo parpadeando unos segundos, girando rápidamente hasta distinguir al hombre que yacía en un viejo catre, mal envuelto en una sábana. Todavía pudo ver el desfallecido gesto con que el hombre dejaba colgar su mano, con una pistola en ella. Se sentó en el borde del catre, y su mano pasó dulcemente por una mejilla del demacrado Simón, en cuya frente, rostro, cuello, brillaba el sudor copiosamente. Tenía vendado el pecho. Muy mal, pero vendado.

—¿Quién le ha hecho esta chapuza? —sonrió Brigitte.

Una sonrisa apareció en los claros ojos del rubio, apuesto, simpático Simón-Roma.

—Sabía que vendría usted… Lo sabía. Por eso envié el cuento al

apartamento de Greta. ¿Lo comprendió todo?

—Al principio, no. Ahora, sí, ya lo he comprendido todo. ¿Y los otros cinco cuentos?

—Los envié a cuatro colaboradores, para que se pusieran a salvo, y uno a la Central. Espero que allá hayan comprendido… ¿Qué ha pasado ahí fuera?

—Dos colegas llevaban todo el día siguiéndome. No he tenido más remedio que matarlos, porque venían a por usted y a por mí. Dos pájaros de un tiro.

Simón-Roma soltó una risita, mezclada con un gesto de dolor.

—Pobres diablos… Hace falta ser loco para seguirla a usted.

—Eso no me molestó, pero sí me molestó cuando comprendí que querían matarnos a los dos. Ahora que ya lo había encontrado a usted, yo no les servía de nada.

—Pero si esos hombres la han seguido a usted, significa que ellos se lo dijeron.

—Desde luego.

—¿Dónde están ahora?

—Yo los envié a la Central, vía París. Puede que se hayan marchado, y lleguen allí como inocentes que se han limitado a cumplir mis órdenes. Y puede que sigan en Roma. Ya lo sabremos.

—Malditos cerdos…

—Sí —musitó Brigitte, tristemente—. Utilizar el cuento de los tres cerditos ha sido muy adecuado. Debí comprender la verdad en cuanto encontré el cuento, pero estaba desconcertada. ¿Sabe seguro que cada uno de ellos cobró doscientos cincuenta mil dólares por traicionar a la CIA?

—Sí. Me lo dijo nuestro compañero antes de que lo matasen… Le dispararon dos de ellos, por la espalda… Fue horrible.

—¿Cómo ocurrió exactamente?

—Yo estaba en mi apartamento, arreglándome par salir en busca de Greta… ¿Ha visto a Greta? ¿Cómo está ella?

—Ellos me dijeron que no la conocían —esquivó Brigitte la respuesta.

—¡Pero sí la conocían…! Yo se la había mostrado a ellos alguna vez… Y sabían muy bien que pienso casarme con ella. Ya sé que es una… animadora, pero eso no importa…

—Desde luego —murmuró Brigitte.

—Es una dama, se lo aseguro. Tiene un hijo, en un pensionado suizo. Hace ya más de cuatro años que quedó viuda. La familia de su marido se las arregló para escamotear la fortuna de éste, de modo que la dejaron a ella y al niño prácticamente sin nada. Ella sabe cantar… Había estudiado canto. Y pensó que el mejor modo de ganar el dinero suficiente para darle a su hijo la educación que merece era cantando. Conozco al niño —sonrió—. Es un chiquillo, espléndido, inteligente. Y ella es maravillosa, puede creerme, Baby. El hecho de que sea una anima… dora…

—Vamos, vamos, Simón, no diga más tonterías. Sé muy bien distinguir a las personas de calidad, sea cual sea su ocupación. Es mejor que sigamos con lo otro. ¿Qué pasó exactamente? Decía usted que le dispararon por la espalda a Simón-Muerto…

—¿Ese es su nombre… ahora?

—¿Se le ocurre otro mejor? —susurro Brigitte.

—No. No… Es cierto. Simón-Muerto… Él llegó cuando yo me estaba arreglando para salir. Entró muy agitado, sudando Apenas entrar me dijo que ellos no estaban donde yo los había enviado, sino en Roma, en una reunión con dos hombres, en un bar… Los había visto y oído, y uno de los hombres les decía que por doscientos cincuenta mil dólares, ellos se habían comprometido a servirles hasta que los trasladasen a otro Punto. Parece que querían más dinero… No sé muy bien cómo ocurrió todo, porque fue muy rápido, pero, evidentemente, los otros tres vieron a Simón-Muerto, y salieron tras él… Pero ni él ni yo tuvimos tiempo de nada. Mientras yo escuchaba a Simón-Muerto, ellos llegaron, abrieron la puerta con una ganzúa, y entraron en el apartamento, sorprendiéndonos. Simón-Muerto y yo corrimos hacia la cocina, pero dispararon los tres. A mí me dieron en el costado izquierdo por detrás, y rodé por el suelo. Pero pude levantarme en seguida, y saltar por la ventana de la cocina… Luego…

—Ya sé. Y no importa cómo llegó hasta aquí. Ellos me dijeron que habían encontrado muerto a Simón-Muerto, y que él había disparado una vez, así que debió herirlo a usted. Todo mentira, claro. Fueron ellos los que prepararon el escenario, para convencer a la CIA de que el traidor era usted. Comprendieron que seguramente vendría yo, y pensaron que el mejor modo de encontrarlo a usted, sería dejarme moverme por Roma a mi

antojo…

Brigitte explicó rápidamente lo ocurrido desde que ella llegara a Roma, omitiendo la muerte de Greta Wolshof únicamente.

—Esos traidores la venderán a usted a los rusos —murmuró Simón-Roma—. A partir de este momento, considere que sabrán cómo es usted, su aspecto…

—He tomado mis precauciones al respecto —negó Brigitte—. Y no las abandoné especialmente desde que tuve que matar a Enrico Voltari. No era lógico que Voltari estuviese precisamente entonces en el apartamento de Simón-Muerto. Pensé primero que había ido a buscar algo, pero luego comprendí que habían tenido tiempo de sobra para hacer aquello. Lo que sí hizo, fue dejar una libreta falsa como si perteneciera a Simón-Muerto. Dentro, estaban las fotografías de usted y de Greta, que ellos debían haber conseguido desde que los tres traidores se vendieron. Usted estaba vigilado, le tomaban fotografías siempre que hablaba con alguien que les llamase la atención, queriendo conocer a sus colaboradores… Por eso tenían esas fotografías. Y cuando supieron que yo había llegado, la pusieron para que yo encontrase a Greta, por si partiendo de ella, podía encontrarle a usted.

—¿No la molestaron a ella?

—Bien —Brigitte se pasó la lengua por los labios—. En mi opinión, Enrico Voltari era un hombre… nervioso. Se asustaba muy pronto. Le debieron decir que podía colocar tranquilamente la libreta falsa de Simón-Muerto en su apartamento, creyendo que yo iría primero al apartamento de usted. Pero cambié de idea, y fui primero al apartamento de Simón-Muerto. Enrico Voltari se asustó, y sólo se le ocurrió disparar contra mí. Quizá, ni siquiera sabía quién era. Desde luego, ellos no querían matarme a mí hasta que le hubiese encontrado a usted, lo comprendí en seguida. Pero Enrico Voltari era… Sí, muy nervioso. Asustadizo, ¿comprende? De todos modos, gracias a él, conseguí la pista de ese alemán, Walter Lieben Taderhaun… ¿Lo ha oído nombrar?

—No.

—Desde luego, es un agente enemigo. Lo comprendí cuando mencioné a su chófer. Pero es listo… Muy listo. No hizo nada, de momento. Luego, yo vi a Simón I, y le dije que pronto me iba a entrevistar con usted, A partir de ese momento, dos hombres

comenzaron a seguirme: esos de ahí fuera. Comprendí que si me seguían estando disfrazada, era que sabían quién era yo a pesar de que cuando estuve en la villa de Lieben no iba disfrazado. Tampoco se inmutaron cuando me quité el disfraz, puesto que también bajo mi verdadero aspecto me conocían, ya que Lieben me habría descrito. Es decir, que Lieben les dijo a los tres cerditos cómo era yo en un aspecto, y ellos le dijeron cómo era bajo el aspecto de Charlotte Martel. Así que ya no pude tener dudas de ninguna clase. Y sumando a esto lo extraño que me carecía lo ocurrido en el apartamento de usted, y su silencio a mis llamadas por la radio…

—A usted le habría contestado. Pero tuve que salir de allí a toda prisa, sin radio, sin armas, sin nada… Ellos debieron luego quedárselo todo: mi radio, mis documentos… ¡Todo! Esta pistola me la ha conseguido mi amigo, el dueño de este taller… ¿Y Nino? —sonrió de pronto.

—Todavía debe estar corriendo por ahí —sonrió también Brigitte—. Es un chico muy listo. Pero quizá no debió meterlo en esto, Simón.

—Oh, sabía que con usted estaba a salvo, de un modo u otro. ¿Se ha ocupado también de Greta?

—Ya le he dicho que Enrico Voltari era muy nervioso. Seguramente, fue con los dos de ahí fuera a verla. Esos dos eran profesionales, pero él sólo servía para pequeñas cosas…

—¿Qué dice? —musito Simón.

—Yo supongo que debieron llamar a la puerta de su apartamento cuando ella aún dormía. También supongo que le dijeron que llegaban con usted, que estaba herido… Así que ella abrió. Le hicieron preguntas, ella se negó a contestarlas, quiso gritar… Más o menos, así debieron ocurrir las cosas.

—¿Qué… qué cosas…? —Brigitte bajó la mirada, y el rostro de Simón-Roma se desencajo—. No… No, Dios, no… ¡Ella, no! ¡Ella, no! ¡Dígame que a ella no!

—Lo siento —dijo Brigitte, con voz ronca, casi suplicante—. En realidad, ya todo había sucedido cuando yo llegué a Roma ayer, Simón. ¿Cómo evitarlo, si ni siquiera estaba aquí? Ellos querían saber a toda costa dónde estaba usted, tenían que ir a visitarla por fuerza… Luego, muerta ella, tuvieron que tejer toda esta telaraña, con dos objetivos: cazarlo a usted antes de que pudiera ponerse en

contacto con alguien de la CIA, era el primero. El segundo objetivo, era cazarme también a mí después de que lo hubiese encontrado, porque sabían que puesto que usted confiaba en mí, de un modo u otro conseguirían el contacto conmigo. ¿No lo entiende? Nos quieren a los dos. Usted tendrá que delatar a los colaboradores que sólo usted conoce, y lo silenciarán enseguida. En cuanto a mí, puedo decirles tantas cosas sobre el espionaje mundial… Luego, me venderían por quince millones de rublos, y se retirarían pronto del espionaje… ¿Lo entiende, Simón? Yo vine aquí en busca de usted creyendo que era la araña, y usted, como yo, es sólo una mosca, que ha sido atrapado en la telaraña que otros han tejido. Los dos estamos atrapados en ella, de momento. ¿Lo comprende?

—La han matado —tembló la voz de Simón-Roma, por fin—. Han matado a Greta, a mi Greta…

—Tenemos que marcharnos de aquí —tragó saliva Brigitte—. Lo pondré a salvo, y me ocuparé de esos tres traidores, y especialmente, de Walter Lieben Taderhun: él es la araña madre.

—¿Cómo… cómo la mataron…?

—Le ayudaré a…

—¡Suélteme! ¡Y quiero saber cómo la mataron!

—La estrangularon.

—Por Dios… Por Dios, esto no… no es justo… Nosotros somos espías, pero ella… ella no lo era, no era nada más que… que una mujer, una madre, una… una persona encantadora, dulce… Y yo la amaba… ¡La amaba tanto! Pensaba retirarme de esto cuando… cuando se cumpliera mi contrato en Punto Roma, casarme con ella, amarla… ¿Y el niño? ¿Y el niño? ¿Qué será ahora de él?

—Tenemos que marcharnos —casi gritó Brigitte.

—Los mataré… Los mataré a los tres, como a bestias…, como a cerdos que son… ¡Los haré cedazos a los tres! ¡Los…!

—Cálmese. Ya le he dicho que yo me ocuparé de eso, Simón… ¿Podrá levantarse?

Los claros ojos de Simón-Roma se clavaron en los de Baby. Ya no eran simpáticos, ni alegres. Destacaban como dos puntos metálicas, fríos, en el demacrado, desencajado rostro.

—Tengo que levantarme —siseó—. Aunque sea lo último que haga en la vida, iré con usted.

—Por supuesto. Pero directo al más cercano de nuestros

médicos. No al de Roma, por supuesto. ¿Cuál tenemos más cerca?

—No quiero médicos. Ayúdeme.

Brigitte se pasó un brazo de Simón-Roma por los hombros, y lo ayudó a incorporarse en la cama, y luego a salir de esta. Llevaba solamente los pantalones, y estaba descalzo. Ciertamente, no parecía el hombre en condiciones óptimas para emprender una venganza de tipo personal.

Y así estaban los dos, medio abrazados, sosteniendo Baby a Simón-Roma, cuando la puerta se abrió de golpe, y Simón I apareció en el umbral, pistola en mano. Se apartó en el acto, dejando pasar a Simón II y a Simón III, igualmente armados, tensos los rostros, dispuestos a apretar el gatillo a la menor señal de peligro. Brigitte y Simón-Roma no tuvieron tiempo de nada: Simón II se adelantó rápidamente, se apoderó de sus pistolas, que estaban ambas sobre el lecho, y volvió a apartarse, siempre sin dejar de apuntarlos.

Nadie dijo nada, de momento. Se miraron. Por fin, la espía sonrió fríamente, y musitó:

—Vaya… Aquí tenemos a los tres cerditos, Simón. ¿Qué le parece?

Capítulo IX

Simón I movió su mano armada hacia la puerta.

—Camine —dijo ásperamente—: irán a cierto lugar…, pero con nosotros. Ve a buscar el coche y colócalo delante mismo de la puerta del taller.

Simón III salió rápidamente. Quedaban solamente dos traidores ante ellos, pues, pero en indudable superioridad de condiciones. Si Brigitte soltaba a Simón-Roma, éste rodaría por el suelo, con toda seguridad. En cuanto a ella, era poco probable que consiguiera algo más que desarmar o vencer a uno de los traidores: el otro, dispararía sin vacilar, la mataría. A fin de cuentas, los rusos daban los quince millones de rublos por Baby estuviese viva o muerta.

—¿Iremos a ver a Lieben? —murmuró Brigitte.

—Usted lo sabe todo: adivínelo. Es muy lista, ¿verdad? ¡Es condenadamente lista! Pero ya no tiene importancia.

—Sois unos cerdos —jadeó Simón-Roma—. Sois unos malditos cerdos.

Simón I entornó los ojos, y adelantó amenazadoramente un paso, pero Brigitte varió de postura, de modo que protegió con su cuerpo el del herido. Simón I vaciló, pero acabó por mostrarse prudente y sensato. Ellos tenían el mando de la situación.

—Todavía pueden salvarse, Simón —le dijo Brigitte, serenamente—. Todavía están a tiempo. Olviden sus propósitos, sigan con nosotros, ayúdennos…

—¿Olvidará la CIA que hemos matado a un compañero? —preguntó Simón II—. Y lo que es más importante: ¿lo olvidara usted?

—Lo garantizo. Mataron a uno, pero pueden salvar a otro. Yo les garantizo su supervivencia. Guarden esas pistolas, ayúdenme, y salgamos de aquí. En la Central pueden dar todos los datos sobre los agentes que conozcan, y…

—Está perdiendo el tiempo —cortó Simón—. Sabemos muy bien que jamás seríamos perdonados. Por otro lado, no hace falta: terminaremos este asunto de modo que nadie dudará de nosotros. Hemos llegado a tiempo, y todo nos saldrá bien.

—Están equivocados. Simón-Roma ya ha enviado la noticia de su traición a la Central. Un cuento de los tres cerditos y el lobo feroz… Habrá llegado allí posiblemente esta misma tarde. Ya no podrán engañar a nadie. Sólo yo puedo conseguirles el perdón.

Los dos traidores palidecieron. Simón II fue a decir algo, pero en aquel momento, en el taller, se oyó un leve silbido.

—Ahí está —dijo Simón I—. Llevad entre los dos los cadáveres de Onikov y Seminof al coche; ponedlos en el portaequipajes. Luego, venid aquí.

—No te descuides —dijo Simón II—. Los dos son muy peligrosos.

Salió, y Simón I se apartó aún más, cubriendo siempre con su arma cualquier posible intentó de reacción por parte de Baby, que lo contemplaba fijamente.

—Reflexione, Simón —insistió—: ya no podrán salir de esta telaraña sin mi ayuda. Se escondan donde se escondan, la CIA los encontrará, usted lo sabe.

—Cállese. Es mejor que piense en usted misma, Baby: ya ha terminado, ya está en el final de su camino. Se acabó, ¿comprende? ¡Y no me diga otra vez que tiene sus propios recursos!

—Por supuesto que los tengo —asintió Brigitte—. Si estoy hablando tanto es más por ustedes que por mí misma, o por Simón… No puedo olvidar que durante mucho tiempo, han sido tres de mis Simones, tres compañeros que…

—¡Cállese de una maldita vez! ¡Tenga la boca cerrada!

Brigitte no dijo nada más. Ni una sola palabra. Poco después, reaparecieron Simón II y Simón III.

—Todo está listo —dijo Simón III—: el coche está a la puerta. Podemos hacerlo bien.

Simón I miró a Brigitte y al sombrío Simón-Roma.

—Les sugiero que acepten la situación: salgan, métanse en el asiento de atrás del coche, y no intenten ninguna tontería. Si lo hacen, perderán la oportunidad de vivir unas horas o unos días más. ¿Lo entienden?

Brigitte comenzó a caminar, ayudando a Simón-Roma. Simón I

recogió su maleta, y se colocó tras ellos. Afuera, separados, pistola en mano siempre, esperaban los otros dos traidores.

Poco después, los cinco estaban acomodados en el coche, siempre Brigitte y Simón-Roma bajo las amenazas de las armas. Simón III fue el encargado de conducir.

—Arranca —musitó Simón I.

* * *

El coche entró en la villa, y se detuvo segundos después ante la escalinata. El mayordomo bajó rápidamente por ésta, llevando en la mano una pistola. Miró socarronamente a Brigitte, pero no dijo nada. Se limitó a señalar escaleras arriba. El guarda de las verjas llegó a toda prisa, y el mayordomo le dijo:

—Vigila bien. Y será mejor que tengas a mano la metralleta.

—Bien.

Nadie ayudó a Brigitte y a Simón-Roma a subir la escalinata. Por fin, llegaron al salón que la espía ya conocía, y dejó a Simón-Roma en el sofá, tendido. Simón-Roma estaba palidísimo, las vendas que rodeaban su torso se habían manchado de sangre, y parecía a punto de desvanecerse de un momento a otro. Brigitte miró hacia el mueble-bar, y, como si estuviese sola en el salón, fue hacia allí, tomó una botella de coñac, y regresó junto al herido.

—Beba un poco, Simón —dijo dulcemente—. El alcohol no es bueno para los heridos, contra muchas opiniones, pero le servirá para estar despejado. No se pierda esto.

Simón-Roma bebió un trago, y el color volvió velozmente a su rostro. Su mano izquierda se crispó en un brazo de la espía.

—No se preocupe por mí, Baby —jadeó—. Mátelos. Que no escape ninguno… ¡Mátelos!

—Está todo previsto, no se preocupe. Si no hay acuerdo, todos ellos morirán…

—Ah, señorita De Santi —oyó tras ella una voz amable, festiva —. ¡Es un gran placer volver a verla, se lo aseguro!

Capítulo X

Brigitte se volvió, lentamente. Su azul mirada se posó en la oronda, simpática figura rechoncha de Walter Lieben Taderhaun, que, esta vez, vestía de etiqueta. Él captó su mirada, y amplió la sonrisa.

—Ya ve, así son de dispares las situaciones: esta mañana, me encontró usted en la cama; ahora, tendré que salir para una reunión elegante.

—No me sorprende demasiado —replicó amablemente Brigitte —. En el espionaje, todo es posible.

Lieben Taderhaun pareció congelar su sonrisa.

—Todo, no. Por ejemplo, no puedo creer que usted tenga prevista esta situación. Vamos, vamos, no quiera ser tan lista, no pretenda usted… deslumbrarnos con su… superinteligencia. No existen fenómenos, señorita De Santi. Sólo espías. Espías vulgares y corrientes, unos con más suerte que otros…, pero todos, siempre, con un precio.

—Yo no tengo precio.

—¿No?

—Pruebe a comprarme.

—Oh, no, no… Me parece que usted no ha entendido la situación: lo que vamos a hacer con usted es todo lo contrario, esto es, venderla. Ya se encargarán en Moscú de convencerla de que no vale tanto como piensa.

—Cada vez que yo vaya a Moscú, *Herr* Lieben será por mi propia voluntad.

—Lo dudo. Sin embargo, es bueno tener en cuenta lo que los demás nos dicen… ¿Asegura usted que tiene prevista la situación…? De acuerdo: yo también. Y se lo demostraré con un simple gesto, que estoy seguro usted interpretará acertadamente.

Fue hacia la librería, apartó un bloque que simulaba libros,

metió la mano en el hueco, y la giró hacia un lado. Colocó los libros en su sitio, y se volvió sonriente hacia Brigitte y Simón-Roma.

—Bien… Con este simple gesto, le garantizo que podemos dedicarnos plácidamente a conversar. Aunque, por cierto, no creo que haya mucho que decir entre nosotros. Dentro de unas horas, usted y su amigo partirán hacia Moscú, eso es todo.

—¿Y estos tres traidores? —preguntó Baby.

—Arreglaremos las cosas de modo que puedan seguir…

—No. Ya no. Él —señaló a Simón-Roma— envió informe a la Central de la CIA explicando su traición.

—Oh… Ah, bien, esto pone un poco difícil cierta parte del asunto, ¿verdad?

—Digamos que, por lo menos, estos tres ya no le serán útiles nunca más.

—Entiendo. Pero no importa. Hay muchas más redes en toda Europa que…

—¿Más telarañas?

—¿Cómo dice usted?

—Telarañas —sonrió secamente Brigitte—. Telarañas de agentes traidores a sus respectivos servicios, y que, dirigidos por usted, están poniendo prácticamente todo el espionaje europeo en manos de los rusos. ¿No es así?

Lieben parpadeó, asombrado.

—Es usted inteligente, señorita De Santi… Sí, lo es. En efecto, tengo la satisfacción de haber conseguido para la MVD muchas pequeñas telarañas de traidores, que forman la más grandiosa telaraña jamás formada en un continente. Le aseguro que no ha sido fácil, ni barato. Pero actualmente, gracias a mí, la MVD dispone de muchísima información por canales no habituales, esto, es, de difícil localización. Sí… Usted lo ha definido muy bien: prácticamente, todo cuanto ocurre entre servicios secretos obra en conocimiento de la MVD.

—Deben estar muy contentos de usted.

—¡Por supuesto! Una… telaraña como la que yo les he conseguido, hacía años que no existía en servicio de espionaje alguno. Una… telaraña tan vasta, tan bien tejida, que hasta la mismísima Baby ha sido atrapada en ella. Esto, sin duda, le dará una idea.

—Como espía que soy, le felicito, *Herr* Lieben.

—Muy agradecido —miró su reloj—. Bien, tendrán que perdonarme, pero de ninguna manera puedo faltar a esa reunión. Los encerrarán en la bodega, hasta que vengan a buscarlos para llevarlos a Moscú. Así que… ¡adiós!

—Si sale de la casa, *Herr* Lieben, es hombre muerto.

—¿De veras? ¿Quién podría matarme?

—Ya hay varios amigos míos en el jardín.

—Usted sabe que eso es imposible —rió Lieben—. ¡No me diga que no ha comprendido lo que he hecho antes! Si alguien hubiera intentado entrar en mi villa, a estas horas estaríamos oliendo a carne quemada. ¿No lo cree, señorita De Santi?

—Sí. Pero, *Herr* Lieben, sus enemigos no son corrientes esta vez. Su telaraña es poca cosa para nosotros.

Walter Lieben Taderhaun la miró con irónica indulgencia. Encogió los hombros, y se dirigió hacia la puerta, haciendo una seña al mayordomo… Pero apenas había dado dos pasos cuando la puerta-ventana que daba al jardín estalló en un surtidor de cristales, y enseguida se oyó la voz, recia, profunda, fría:

—Están rodeados —dijo un hombre—: quédense donde están, y dejen caer las armas.

La punía de la metralleta que el mayordomo había entregado al portero apareció por un lado. Sólo la punta del arma. Por un instante brevísimo, pareció que la inesperada situación fuese a eternizarse. Pero de súbito, apareció un hombre en el salón, empuñando la metralleta en la mano derecha, y una imponente automática con silenciador en la izquierda.

Su aspecto engañó a todos, pero solamente el mayordomo pagó las consecuencias… Al ver a aquel anciano de blancos cabellos, y además miope, consideró fácil ganar la partida, así que alzó su pistola rápidamente hacia él…

Plop.

La bala disparada por el encorvado anciano miope le dio en el centro de la frente, y lo tiró de espaldas, resbalando por el piso hasta los pies de Walter Lieben. También la pistola resbaló, y Baby cayó sobre ella de un salto, la empuñó, y apuntó al alemán. No dijo nada. Solamente lo miró, fríamente, y lo apuntó. Tampoco el anciano dijo nada, pero sus ojos, que se veían negrísimos y

diminutos tras los gruesos cristales, estaban clavados en los tres Simones, lista la metralleta y la pistola. Con un gesto de cabeza, el anciano se desprendió de los lentes, que cayeron al suelo, dejando ver ahora unos grandes, rasgados, negrísimos ojos duros como piedra. El anciano ya no estaba encorvado, sino erguido, y su estatura sumió en el estupor a todos los presentes, excepto a Baby, naturalmente, que susurró:

—¿Disparamos todos a la vez, a ver qué pasa?

El primero en dejar caer la pistola fue Simón III. Luego, los otros dos. Lieben estaba blanco como la leche. El ahora gigantesco anciano alejó las pistolas a puntapiés, y su mirada pareció realmente taladrar a Lieben.

—Tú, ven aquí —dijo en alemán.

Tiró la metralleta a las manos de Baby, que a su vez la puso en manos de Simón-Roma, que parecía resucitado, llameantes los ojos, fijos en sus traidores compañeros, los cuales, pálidos, iban retrocediendo hacia la pared…

—Te digo que vengas —insistió el anciano. Lieben obedeció, vacilante, tembloroso. El anciano lo cacheó rápidamente, pero no encontró arma alguna. Inmediatamente, sin más explicaciones, asió a Lieben por las solapas con una de sus enormes manos bronceadas, casi lo alzó en vilo, y le hundió el otro puño en el estómago, en trallazo tal que bien pudo haberlo matado. Lieben lanzó un ronco gemido, y se desmayó, quedando colgado de la mano del anciano, hasta que éste abrió los dedos, y el orondo espía alemán al servicio de la MVD rodó por el suelo. El anciano miró a Brigitte.

—¿Sigo con él? —preguntó—. Supongo que te interesa esa lista de traidores.

—Sí, mi amor.

La espía se sentó en un sillón, después de recuperar su maletín. Lo abrió, y encendió un cigarrillo. Mientras tanto, el anciano había metido el gollete de la botella de coñac en la boca de *Herr* Lieben, y le obligó a tragar líquido hasta que recuperó el conocimiento. Volvió a ponerlo en pie, sosteniéndolo de nuevo por las solapas, y le metió el puño libre en plena nariz y boca, en un impacto mucho más controlado que el anterior. Pero no tanto como le habría convenido a Lieben, cuyo rostro estalló en un surtidor de sangre… Abrió la boca con desespero, quiso decir algo, pero ahora con la

mano abierta, el anciano gigantesco volvió a golpearle… Los tres Simones, los tres cerditos, estaban aterrados ante aquella máquina de destrucción, que llevaba la muerte en los negrísimos ojos.

—Pero amor —dijo Baby, expeliendo humo—, déjalo unos segundos, o no podrá decir nada… Quizá él quiera conversar ahora… ¿Verdad, *Herr* Lieben?

Herr Lieben dijo que sí con la cabeza. El anciano lo llevó a un sillón, y lo tiró allí, más muerto que vivo. Baby se puso en pie, se acercó, y se inclinó hacia él amablemente.

—¿Tiene una lista, *Herr* Lieben?

El alemán asintió con la cabeza.

—¿Dónde?

Walter Lieben no contestó ahora. Se estaba resistiendo. La divina espía frunció el ceño, y, sin inmutarse, apagó el cigarrillo en el dorso de una mano del alemán, que lanzó un chillido y quiso ponerse en pie. Baby le empujó delicadamente, pulcramente, con un dedito sobre la frente, sin mancharse lo más mínimo.

—¿Dónde? —repitió.

—Te-tengo… tengo… todos los datos… en… en uno de… de los libros de la biblioteca…

—Deme ese libro. Ayúdalo, mi vida, ¿quieres?

El anciano asió a Lieben por un hombro de la chaqueta, y lo llevó hacia la biblioteca como si fuese un guiñapo. Lieben sacó uno de los libros. Entonces, el anciano tomó el libro, soltó a Lieben, que se derrumbó, y fue a colocar el libro, lo hojeó, miró las hojas al trasluz, y, al cabo de unos segundos asintió con la cabeza.

—Sencillísima pero eficaz clave, *Herr* Lieben. Agradecida. Según entiendo, aquí está la lista completa de los traidores en los distintos servicios de espionaje europeo. ¿Alguna vez le he dicho que no me gustan los traidores? Creo que no. Y tampoco le he dicho que no me gustan las personas como usted. Póngase en pie. Le he dicho que se ponga en pie.

Vacilando, tambaleándose, Walter Lieben Taderhun se puso en pie. Quedó dando bandazos de un lado a otro, como si sus piernas fuesen de la más blanda goma.

—Si no se está quieto, *Herr* Lieben, no le acertaré a la primera, en cuyo caso, su agonía será más larga.

Al oír esto, Lieben quedó inmóvil, y sus ojos se fijaron,

aterrados, en la espía de lujo de la CIA. La vio muy cerca de él, mirándolo fijamente, terriblemente, apuntándole con su pistolita… Sus bellísimos ojos parecían helados. Walter Lieben quiso gritar, pedir clemencia…

Plof.

La balita se clavó en su frente, empujándolo hacia atrás, tirándolo rudamente contra la librería. Rebotó allí, cayó de bruces, y quedó inmóvil…, para siempre, ante el pánico de los tres Simones traidores, que vieron llegada su hora. Baby mataba con aquella frialdad a un simple enemigo…, ¿qué haría con unos traidores como ellos?

El anciano los vio correr hacia la abierta puerta-ventana, y, aunque pudo haber disparado su pistola contra ellos, volvió la mirada hacia Baby, expectante. Pero Baby, que también podía haber disparado al menos una vez contra los fugitivos, prefirió saltar hacia Simón-Roma, que se disponía a descargar la metralleta contra las espaldas de aquellos hombres que le habían traicionado, que habían asesinado a un compañero, que habían sido causantes de la muerte de la única mujer que había amado… Brigitte tuvo el tiempo justo de arrebatarle la metralleta de un manotazo.

—¡No, Simón! —gritó—. ¡Espere!

—¡Deme eso! —aulló Simón-Roma—. ¡Déjeme que…!

Brigitte corría ya hacia la puerta-ventana. Salió al jardín, y vio a los tres hombres corriendo hacia las verjas. Pudo perfectamente haberlos matado a los tres por la espalda, pero los llamó:

—¡Simón! ¡Vuelvan! ¡No vayan hacia las verjas! ¡VUELVAN!

No le hicieron el menor caso, y Baby, tras un instante de vacilación, regresó al interior de la casa, corrió hacia la librería y apartó el bloque de libros simulados tras el cual había manipulado antes Walter Lieben. Su mirada, desorbitada, se clavó en lo que veía allí dentro.

—No sé cómo funciona esto, no sé…

Metió la mano hacia el pequeño panel de botones, vacilante. Y se disponía a apretar uno de ellos cuando, afuera, apareció una luz lívida e intensa, al mismo tiempo que se oían unos terribles gritos que cesaron de pronto.

Brigitte quedó petrificada, desencajado el rostro. El anciano se colocó junto a ella, y musitó:

—No has tenido tiempo: ellos mismos se han metido en la telaraña… eléctrica. No debían conocer su existencia —metió la mano, y pulsó todos los botones, cortando así la corriente de las electrificadas verjas que rodeaban la villa—. Es mejor que nos vayamos.

—¿Han muerto los tres? —preguntó Simón-Roma.

El anciano lo miró.

—Hay un red de alto voltaje protegiendo las verjas. Yo lo sospeché así, y pude saltar sin peligro. Pero ellos, tenían demasiada prisa.

—Me alegro —jadeó Simón-Roma.

El anciano fue hacia él, lo alzó en brazos sin aparente esfuerzo, y lo sacó de la casa. Lo depositó en el asiento de atrás del coche de los tres Simones, y regresó al interior de la casa.

Baby continuaba en el mismo sitio, como alucinada, demudado el rostro.

—Vámonos —dijo él—. No tardará en llenarse esto de policías italianos, Brigitte.

La tomó de un brazo, la sacó al exterior, y la sentó junto al volante, que él se encargó de manejar. Dio la vuelta, y se dirigió hacia la salida. Al pasar, vieron al portero, tendido de bruces junto a unos arbustos de flores. Más allá, se distinguían claramente los cuerpos yacentes de los tres cerditos. El anciano detuvo el coche, abrió las verjas, regresó al volante, y salieron, dejando atrás la villa, y los primeros curiosos que comenzaban a agolparse ante las verjas. A muy poca distancia de allí, el anciano detuvo el coche, junto a otro, grande, poderoso, negro. Ayudó a Simón-Roma a pasar a él, y se sentó ante el volante. Baby llegó en silencio, y volvió a sentarse a su lado. El anciano puso el coche en marcha.

—Te has arriesgado demasiado —murmuró—. Debiste dejarme intervenir directamente, a tu lado, desde el principio.

Ella no contestó. El anciano vaciló.

—¿Encontraste mi rosa roja?

—Sí… Gracias.

—¿Qué hago con la documentación de Enrico Voltari? ¿La quieres para algo?

—No.

El anciano metió la mano izquierda en un bolsillo interior, sacó

la documentación de Enrico Voltari, que había recogido el día anterior junto a un bordillo, y la tiró por la ventanilla.

—Si tienes algo en el hotel donde te reservé habitación, y quieres que vaya yo a buscarlo… —se ofreció.

—No. Yo iré. No hay problemas allí.

—Bien. Ya sabes que tengo muchos amigos en Roma. Puedo encargarme, si quieres, de que se lleven a tu niño —señaló por encima del hombro hacia atrás, hacia Simón-Roma— en ruta hacia Washington.

—Sí, está bien… Te lo agradezco. Pero llévame antes a Trastevere, adonde dejé el coche. Quiero volver al hotel como Charlotte Martel, y marcharme normalmente mañana temprano. Tenga, Simón —se volvió—. El libro de Walter Lieben. La clave es simplísima. Llévelo a la Central, que lo descifren todo, y dígales de mi parte que pasen lista a los servicios amigos de los traidores que fueron comprados por Walter Lieben para que trabajasen para los rusos… ¿Tiene alguna duda?

—No —susurró Simón.

—¿Vas a regresar directamente a casa? —preguntó el anciano.

—Sí. Tomaré el primer avión de mañana.

Ya no se habló más durante el trayecto hasta donde Baby había dejado su coche, abierto y con las llaves puestas. Todo seguía igual. Ella se apeó, sonrió a Simón, tristemente, y rodeó el coche, hasta la ventanilla del anciano conductor. Sin decir palabra, metió la cabeza dentro, y besó al anciano en los labios. Luego, fue a su coche, y se alejó.

Simón-Roma musitó:

—Es una gran mujer, ¿no está de acuerdo?

El anciano puso la primera, y arrancó, sin contestar. Simón lo miraba desde atrás, intrigado. Por el retrovisor, veía el sombrío gesto del anciano, cuyos finos, duros labios, estaban apretados herméticamente. Parecían un corte en una roca.

—No creo que exista otra mujer como ella en el mundo —siguió Simón—. Es imposible. Si buscásemos con un detector de…

—¿Le da igual estar callado? —cortó secamente el anciano.

Simón se mordió los labios. Luego, fue a replicar no menos ásperamente, pero de pronto recordó que aquel anciano había recibido un beso en los labios nada menos que de la agente Baby.

—Oiga…, ¿y usted quién demonios es? —preguntó.

—Número Uno.

Simón-Roma abrió la boca, entre sobresaltado y pasmado. Ya no dijo nada más. Se sumió en una especie de sopor, mientras el coche cruzaba Roma. Ni por un instante se le ocurrió que algo malo pudiera ocurrirle a partir de aquel momento.

* * *

—Tiene un telegrama, señorita Martel —le tendió el conserje, junto con la llave.

—Gracias. Me marcho mañana… ¿Será tan amable de tenerme preparada la cuenta?

Ya en su habitación, examinó sombríamente el telegrama. Lo abrió, al fin. Este era el contenido, dirigido a Charlotte Martel:

RECIBIMOS CUENTO TRES CERDITOS DE SIMON ROMA *Stop* ESTA USTED EN TELARAÑA *Stop* SALGA INMEDIATAMENTE DE ROMA *Stop* SUERTE

Cavanagh

Quemó el telegrama, y segundos después, ella escribía otro, que quedó redactado en los siguientes términos:

CERDITOS DEVORADOS POR LOBO *Stop* ARAÑA MUERTA *Stop* TELARAÑA DESTRUIDA *Stop* SIMON ROMA EN CAMINO *Stop* SALGO MAÑANA *Stop* BESOS

Charlotte

Este es el final

—Le pedí un taxi —explicó el botones—, pero el señor dice que es amigo de usted, ha despedido el taxi…

—Sí, está bien —aceptó *madeimoselle* Martel.

Se acercó al diván del vestíbulo del «Albergo Stromboli», y el atleta de cabellos color cobre y ojos negrísimos se puso en pie. Ya no tenía la menor semejanza con un anciano. Por el contrario, era un espectacular ejemplar masculino, que tenía estupefactos a todos los empleados y clientes del hotel que lo miraban.

La fea y estrafalaria Charlotte Martel se detuvo ante el hombre, y le sonrió tímidamente.

—Hola, amor —susurró.

—Me pareció que no te molestaría que te llevase al aeropuerto —susurró también él.

—Lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera? —Gruñó Número Uno.

—Sí. Lo que tú quieras.

—Pues no es eso precisamente lo que yo quiero.

—¿Qué quieres tú?

—Llevarte a «Villa Tartaruga». Puedes estar allí unos días. Sé cómo te sientes, pero tu vida sigue. No tienes la culpa de que siempre existan traidores. Ni la tengo yo. Ninguno de los dos tenemos la culpa. Ellos han tenido lo que merecían, y opino firmemente que eso no debe ser causa de infelicidad para ti, por muy Simones que hubieran sido. Si te dejas abatir por la maldad que te rodea, jamás serás feliz. Eres todo amor, Brigitte… Hacia todos. Pero me parece que yo también merezco un poco, ¿no?

—Más que nadie.

—Entonces —tragó saliva Número Uno—. ¿Vamos a «Villa Tartaruga»? ¿Los dos solos, juntos, dos, tres, cuatro días…?

—Ya te he dicho que lo que tú quieras.

Número Uno la llevó a su coche, posiblemente propiedad de alguno de sus muchos amigos de Roma; pagó su cuenta; se cercioró de que sus maletas eran colocadas en el portaequipajes. Y, finalmente, se sentó ante el volante. La divina espía, lo miró, y él la atrajo, lentamente, dulcemente, y la besó, larga, largamente en los labios…

—¡Y es fea, la condenada! —comentó el botones, con el conserje, ambos mirando—. ¿Qué tendrá esa francesa fea para llevarse a un tipazo como ese, Pietro?

—Cualquiera sabe… *Cherchez la femme*!, que dicen los franceses. Cualquier mujer es capaz de meterte en una telaraña de la que no saldrás nunca, jovencito.

FIN